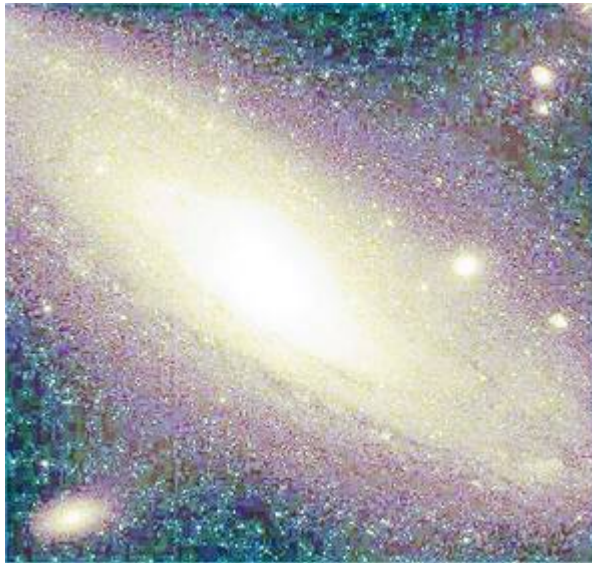


BAJO LA INFLUENCIA DE LOS ASTROS MUSICALES

Aitor-Asier "Gautxori"



© Marjinalia Bilduma
© Aitor-Asier "Gautxori"
2000. urtea
Lege-Gordailua: SS-885/2000

SIENTO LAS PALABRAS

Siento las palabras
crujir en mis labios
a borbotones
en esta fría estampa
de ciudad e invierno,
y el vino y los recuerdos
enmarañados en una fina cuerda
de guitarra muda.
Esta noche,
voy a comenzarme
y ser —tal vez, por primera vez—
el de siempre,
quien nunca logré ser.

Apología de mí mismo
ante la nada fría de las
estrellas arrinconadas azules
en el cielo negro y cósmico;
y así, una mano las vendimia
y da lugar; y sacaré de
ellas el dulce vino de los dioses.
Palabras sencillas que se tienen a sí mismas por
objeto.

¡Qué necesidad! Cuando recuerde,
cuando intuya la última y
primera verdad de pantomima.
Alguien ha arrojado por la borda
el pesado lastre de las palabras.

¡Están bien estas páginas!
Bebamos pues de las palabras

telúricas, endiosadas caceas
que al marino laurel han dividido en dos
y partido el destino
a quemarropa.

Bebamos pues de las palabras
airadas, mientras el viento
cruza Atapuerca en sus alas
telúricas, arrancadas a un dios
que no pudo
calcular su destino,
su trajín infinito.

Divinas palabras telúricas
de miel en los labios,
de amanecer lento y total,
de estallido encaramado a
una ventana.

El día rompe fabuloso
de cosas, y de un zarpazo
rasga el vestuario nubecino
de mi paisaje eterno.

La puerta tras la cual
un zumbido de palabras
se arremolina y el sonido
del juego, el canto vespertino
de la intuición amurallada
en esa congoja de ser,
congoja de parir poco a poco,
hasta llegar a ese lugar,
reservado de tantos y tan pocos,
así, despacio, recorriendo
el lento transcurrir del camino

¡lanzado a lo más alto!
y otra vez el descenso, un escalón de menos,
justo ahora que lo habíamos conseguido...

Trajinar incongruente de manifestaciones
cultural y laborales
cargadas entre sí de nobles idearios,
expresiones relegadas a un destino
muerto, atrozmente amurallado,
cualquier día,
este día,
cuando el odio es destino de
ideales, umbral de buenas intenciones
y relajado portal de un
fructífero mañana.
Existe este día, sí,
porque yo lo he inventado.

Sientes el movimiento,
bicho extraño,
y arrodillas el daño
acostumbrado a tu
cuerpo-cápsula.
Enmarañado,
el horizonte
de montes y mar
se alza
dichoso en la distancia
de océanos y mares
quejumbrosos con olor
a inciensos maritales
y carbón de

carbonera antigua.
La espuma ha roto
de la ola
su primera impresión.
Hierva el mar.
Hierva la sangre
encapsulada.
Agoniza la nieve
y mártir del abril
soporta su peso cuesta abajo
en la mañana cuádruple,
con encías rotas
y pies de sangre
ensortijados
mientras la lluvia mansa
aguarda afuera, a dentelladas.

Madre mía de ultratumba,
que has partido y vuelto tantas veces,
que has enroscado el canto de tu vida
en un hechizo de abril maltratado,
regresas para volver a marchar
inquieta en tu destino,
echadora de faltas de tus hijos.
Así y ahora cúmplanse las voluntades
de cuantos opinión tuvieron
y tras el rayo, la manta y el chal jazmín-rojizo,
olvidado,
regresen esta noche
tu canto y
premonición de instante eterno,
valederos para la gran corona de inquietudes

que en su cetro de errores
eludió... el viejo nuevo mundo.

Nueve de abril de un abril enmarañado.

Fue en la “Isla de Fue”
Mar del Norte almidonado
con sentimientos puros y
albatros rojos de *incroyables* proporciones.
Fue en la “Isla de Fue”
donde por primera vez
me sentí en casa,
extraño y olvidado.

Habían pasado tantas cosas
y era del mar tan pálido el recuerdo,
que la noche, inmensa, cadavérica,
atrapaba recuerdos de sombra, cal y canto.
Sí, fue en la lejana “Isla de Fue”
donde conté mis primeros marineros muertos,
bajo una torva y grasienta tarde gris
que se agolpaba en silencio y furiosa
tras de monotonías inciertas y devoradoras.
Tantas cosas había de augusta falsedad
que el mar no hacía sino morir de día
y naufragar de noche
bajo las bocanadas de aire y fuego
que del cráter —porque había un cráter—
corrían inauditas hacia el cielo espeso de la noche,
un día más, una noche más de enjaulamiento.
Y no había acabado. Y sabía que ya nunca habría
de acabar.

Ese sentimiento ofuscado de mariposas amazónicas

que predicán desgracias más allá del planeta.
Era el año noventa y tantos de una vida
que había dejado de ser mía
y en el aire flotaba un sabor de sal reseca,
como si la hubiesen guardado para un alguien
ajeno,
traspasado de mi propia memoria.
Ya veis. Nunca se sabe en dónde empieza
y en dónde acaba la irrealidad de uno mismo
y la de los demás. Y menos aún,
adónde se dirige
una vez que ha traspasado los límites
del hacedor, aquél quien forja
el fuego, el rayo iluminado
atravesando solitario el espacio
y dejando un rastro de cangrena
en los adioses de sus personajes espaciales
—auténticos pobladores del cosmos—
¡Tierra! ¡Más tierra necesita esta tumba!
¡Más oraciones! ¡Más lágrimas!
¡Más “la echo de menos!”
Sí, ahora sí. Todo es cuestión de rodar
y dejarse llevar por las olas y el
murmullo que llevan a la “Isla de Así-Fue”.
Es otra isla. Islote, mejor dicho. Cercana
a la anterior. Reservada, casi —que diría yo,
humilde servidor—. Isla de las necesidades.
Sólo que... hay demasiada luz.
Y para llegar allí es preciso andar con pies
de ciego y ojos de halcón y bastón
de avejentado. Sabiduría no falta.
Ni tampoco desánimo.

Las cosas llegan hasta donde llegan
y luego vienen los aplausos.
Igual que estar sentado en una terraza
de Broklyn, Macedonia, y cuando
llega el camarero escupes salud
a cuatro estrellas y te desvaneces
de un salto —aguardiente en cualquier lugar se
encuentra—.

Esto es jazz. Literatura jazz, quiero decir.
Poesía jazz. Escritura jazz.

El mundo está cercado por acordes.
Sí, bebamos ahora que aún tenemos labios,
y lengua y garganta y paladar
y células y hálito.

Qué pena, no disponer de un día de 78 horas:
24 para leer, 24 para escribir, 24 para pasear.
Siempre nos queda una salida: tapiar con cemento
la salida.

Y luego respirar a través de los poros
abiertos en la rugosa piedra que
acariciamos con las yemas de nuestros dedos
y partimos, lejanos, estrellados,
acribillados de misterio,
enjaulados, enviolinados.

Y mientras,
la literatura jazz que no cesa.

¡Yo me decanto!

Sí, ¡y bien alto!

Sin avergonzarme de esa luna
que transcribe en Esperanto amordazado
y aferra en mi alma éuscara
tantas formas y placeres

que no acierto a invertir el acertijo
enclavado en lo hondo de mi estómago,
allá, lejos de mi isla,
fuego de cubitos de hielo
y norias rectangulares
con niditos de abeja
y ronroneo de gatos,
callejón de siniestros y vertidos
lanzados tras el viento.
El tema de hoy, señoras y señores,
era ése.

Mil gracias.

Y ahora continúa.
Menos trágico; menos trascendental.
Un poco más jazz ligero.
Pero esto no puede seguir así.
Ahora vendría bien un poco de
sentimiento trágico.
Nos acometerán tantos instantes.
Llamará el cielo tantas veces a la puerta.
Y los dedos magistrales.
Y el sacarse el quiste de la boca.
Y este aguardar; aguardar siempre.
A que llegue el verano
y termine el invierno.
Y de pronto, estallan en nuestra alma
reminiscencias de Edad Media,
de Naturaleza pura,
de Civilización intermedia.
Y la Media Luna

enarbola su ansia,
su proyección histórica
y su afanoso caminar
envuelto en el fracaso,
última virtud de nuestra vida.
Adelanta la noche una casilla
y nosotros —¡pobres de nosotros!—
movemos la ficha,
y obligamos a nuestro determinismo
a relamerse
pensando en el banquete
en el que nuestros huesos
tendrán su buena parte.
¡Pero ya no quiero esa tranquilidad
de pasado histórico y natural!
Deseo la fuerza y la pasión de un millar de
sensaciones y desórdenes
todos a la vez
acribillando mi pecho,
en esta noche de persianas echadas,
de recuerdos cuasi-eróticos
y de mentalidades abiertas.
No puedo —no debo— cargar
una eternidad entera
con una culpa artificial
y huera.
Ahora sí; ahora sí que viene
el cambio.
Me desparramo hacia la noche.
Quito luz a las sombras
y embarco inmóvil en mi
trasiego nocturno.

Una noche entera pasa.
Tal vez rápido.
Y un destello
sólo es una duda
que gemía en el aire.
Y mis ideas están clavadas
en cetros de tinta muerta.
Cartuchos llenos de toner,
albatros negros.
Déjame recobrar mi destino;
y volver otra vez a vagar el
asfalto querido, de otra
época y lugar, y otras
gentes que nos acompañaban,
y ya no están,
porque todo es transcurso
y fluir de horas y carne
y adioses.
Ya vendrá la palabra.
No la fuerces.
Déjala que surja de tu boca,
de tus uñas;
déjala que surja.
Habrá un día,
de azul vendrá,
y con su destino,
a todos colmará.
Esta noche va a romper una ola
de espuma y harapo;
va a desterrar para siempre
un mal recuerdo.
Y así, al final de las horas,

todo será como siempre.
Y todo fue.
Heroicos soldados de plomo.
No temáis la batalla.
Juguetes sois del general
y de la generala
—¡igualdad no os falta!—.
No caberse dentro de sí mismo...
No saber cuál es el principio que te corresponde...
Y un final enrevesado de palabras.
“¡Eh!” gritó alguien dentro de mí.
Cuando la inquietud ahonda con su dedo
en la carne que somos y ¡vaya!
hallamos un resquicio
a través del cual nos deslizamos,
y junto con nosotros,
aquello que deseábamos decir.
Miro a mi cuerpo
y sólo veo una materia
amorfa y ridícula.
Tal vez era eso lo que buscaba.
Pero, ¿y quién sabe lo que buscamos?
Queríamos decir tantas cosas
antes de morir para siempre...
Y no sabemos por donde empezar.
La ridícula inmortalidad del escribiente.
Un golpe de efecto.
Una sonrisa helada en el transcurso
de una noche erotizada.
Viento que las palabras llevan.
Misterio de mares jamás alcanzados.
Espacios literales,

remolinos planos,
tormentas silenciosas
y otras tantas naturalezas
llevadas al ocaso de una hoja de papel
que algún día amarilleará
y también morirá.
Pero mientras tanto
escribamos, sí;
coloquemos nuestra pequeña piedra
para que el viento la hondeé
hacia el horizonte sumiso de nubes
y esperanzas vanas;
sí, éste es el paraguero de mi existencia.
Y las cosas van a cambiar.
Sí, por supuesto que van a cambiar.
Serán triangulares, con trocitos
de mega en su parte superior
y una zona intermedia acristalada.
Y un riñón de verdad.
Sí, pero que funcione...
Luego, nunca más volveré a hablar.
Sólo danzaré. En la ducha.
Hasta el amanecer.
No. Ése lugar está equivocado.
No digo que el lugar esté equivocado.
Sólo está en el lugar equivocado;
está en el plano equivocado.
Por el hecho de estar, de ser.
Debería no estar en ningún sitio.
La sombra se ha vuelto aún más sombra.
Un despertar de sensaciones
me reclama.

¡Lo había esperado con tanta ansia!
Por fin había averiguado el secreto:
consistía en beber y saber aguardar.
Y unas buenas dosis de café.
También supe porqué los hombres
aborrecen a los poetas:
¡atraen a sus mujeres!
El instante se tornó dulce y preciso.
Ansiaba mi libertad,
mi París pueblerino,
mis extensiones de asfalto y soledad.
“Esto es perder” me dije aguantando la respiración.
Las palabras se habían transformado en minerales.
Eran palabras-mineral.
Gaseosa burbujeada con acento de los sesenta.
Tabernas y rostros y cosas que ocurrieron
hace ya mucho tiempo.
Porque lo más importante es eso: estar a gusto.
Si no, el universo estalla. Pierde su lógica,
su armonía, su saber-estar.
El tiempo es un túnel
por donde transitamos
y gritamos.
Y nuestras voces llegan
desde algún lugar
hasta algún lugar.
El Paraíso nos reclama
con su antorcha de luz
y su precaria bondad.
Y ahora, esta noche,
brota del canto la necesidad
de crear un instante,

aunque sólo sea por un instante,
de suprema expresión,
que supere el dolor
y la infamia
de nuestra inevitable
idiosincrasia mortal.
La muerte nos reclama
y acecha en cada frase.
Las horas transcurren plenas
de conciencia mortal,
casi palpable.
Si pudiéramos tocar las horas,
tocaríamos con nuestros dedos
la propia muerte,
y nos resarciríamos de lo poco que sabemos.
Y quién nos va a llamar
desde tan lejos...
Hace apenas dos guerras
que murieron los muertos.
Aún no se ha extinguido
el son de los tambores
y el grito de guerra de
los coroneles.
Susurros de plata y laurel
para nuestros muertos.
Flores de miel y bienvenida
para quien dio a la tierra
su último suspiro,
lo mejor de sí mismos.
Aún no os lo he dicho:
yo era una estatua de mármol blanco
creada hacía miles de años

y veía a través de mi propia
dimensión.
Dos mil años atrás pensé: “No podré escapar nunca
a mi destino”.
Y no me equivocaba.
Era la belleza
atrapada en sí misma.
El Porvenir,
acaecido nostálgico.
Y la pluma caída del cuerpo de un ave
que surcaba los cielos.
El mar rugía y sonreía.
La avena de los campos crecía formidable.
La naturaleza estaba llena de buenos augurios.
Y los árboles ofrecían sus ramas
llenas de esperanzas.
Amanecía todos los días.
Cada individuo tenía su suerte y su acecho;
su vislumbre y su callada por respuesta.
Vivir era una intuición
y los Mares del Sur anegaban las tierras llanas de la
inmemorial Salamanca.
Todo era tan natural y tan divino,
que casi daba lástima.
Fue entonces cuando decidí
afrontar mi Destino,
un destino cualquiera,
tragicómico,
inveterado,
mayúsculo,
lacerado,
inconsistente.

Porque estar allí
era como estar en ningún sitio.
Y además,
la suerte estaba echada.
Y había mermelada de albaricoque
en el recuerdo
y en las alacenas
de lo que una vez
había sido.
Y mi alma se llenó de dulzura
y fue entonces cuando me di cuenta:
“Es cierto, tengo un alma.”
Y volví a llenar mi vaso de whisky
—aliento de pirata y de yankee trotamundos—
y me escondí tras una peña enorme,
confiando, rezando, para que
la muerte pasara de largo.
Pero me vio. Y sonrió con sorna.
Y luego siguió adelante, diciendo:
“No tengo prisa.”
Yo me cepillé las uñas
y celebré colapsado tanta bondad.
Aquél mismo día decidí
que de allí en adelante sin falta
dejaría de fumar.
Y toser menos.
Excelente decisión
—chin-chín de bagatelas
y frufú de vestimentas;
trajes de largo, nocturnos con
acuarelas verdes y esmeriladas habichuelas—.
Todo llega. Incluso el final.

Esa última y temida y odiosa interpretación.
Seamos heroicos e históricos.
Ya que no gozamos de muchas alternativas.
Los jinetes del Apocalipsis:
Uno, contaminó los mares y todas las especies
marinas comestibles perecieron. Se llamaba
“Petrolero”.
Otro, atravesó con su lanza la atmósfera y la
agujereó. Se llamaba el ángel “Ozono”.
El tercero practicó en Ucrania sus habilidades. Su
nombre: Chernobyl.
Y el cuarto, se especializó en Telecomunicaciones
y Nuevas Tecnologías. Era, claro está, el más
insoportable. Y se llamaba Damián, el loco.
En fin, amigos,
así se acaba esta a-poética y a-rrimada historia,
de lunas bien dispuesta y de sugerencias arrollada
al instante.
No, definitivamente,
aún no había terminado.
El culo de la botella no estaba vacío del todo.
Y yo tampoco.
Labios sin rostro se desparramaban por la
habitación,
surgían de las paredes,
y un hormiguo de guitarra eléctrica
se había adueñado de mi
pluma eléctrica (una Mont-Blanc regalo de
cumpleaños).
Mis sentimientos eran ahora más prosaicos,
pero, en cualquier caso, nunca fui un genio.

Aplausos, vítores y la canción más esperada del
año.

El reloj iba demasiado rápido.

¡Y yo no quería!

Claro, que aquí nunca nadie te pide tu opinión...

Todo era tan clásico, tan tradicional
que daba asco.

Mis pantuflas estaban incluso perfumadas;
era un buen padre y un buen hijo y un buen esposo.

Era lo que se suponía que tenía que ser
—para eso fuimos a colegio de pago—.

Qué hostias...

La vida es una putada.

Y para cuanto te das cuenta,
estás acorralado.

Los poetas hoy día
sólo duran una temporada.

Son efímeros, como un buen *polvo*.

No es mi intención ser grosero.

Pero es la p... verdad.

Habrà que esperar.

Cuatro o cinco mil años.

Paciencia. Está *chupado*.

Ahora sí. Era el final.

El auténtico final.

El deseado final.

La historia discográfica estaba a punto de acabarse.

Luego, sólo tendría que alcanzar el dormitorio y
meterme en la cama. Toda una proeza, teniendo en
cuenta el grado etílico alcanzado.

Sí, así es.

La echaba de menos.

Mi antigua vida. Mi juventud. Mis frustraciones.
Mi madre muerta. Mi perro. Mi ciudad. Mi *petit*
libertad. Mi total ausencia de ambiciones y
compromisos. Mi euskaltegi aekakiano. Mis
errores. Mi cobardía. Mi valentía.

Me echaba de menos.

No sé porqué nos empeñamos en buscar siempre
una solución. Una explicación. No hay nada al otro
lado. Sólo estás tú y tus fantasmas. ¡Cuantos sueños
para nada!

¡Un abrazo a todos/as, amigos/as perdidos/as a lo
largo y ancho de esta huerta cósmica!
Somos pura ilusión, de eso no cabe duda.
Ilusión de ser; ilusión de seguir siendo.
Caput.

LOS ROMEROS APALEABAN

Los romeros apaleaban
con ambrosía de lunas perdidas
los perros tangibles del universo.
Socavaban naciones,
restos de injerencias
y qué sé yo cuantas intenciones ciegas.
Los romeros aplaudían
el alba iluminada
de retazos nocturnos
y lunas plateadas.
El jardín lejano de la infancia
enviaba haces de luz
como un faro perdido
en la inconsistencia de la Noche
y de los Tiempos.
Ahora todo era distinto.
Como las gotas de lluvia
que caían despacio,
llorando su destino.
Era preciso alcanzar un lugar,
un sitio en nuestro pequeño, insignificante destino.
Me dolía la ropa de tanto pensar
y sentir que no era nada
que pudiese atrapar con mis palabras,
con mis intenciones,
con mis manos físicas.
Había tal derroche de plata...
Quería decir tantas cosas muertas,
imposibles, en absoluto indispensables...
Quería arrancarme de mí mismo todo,
todo... Y no acertaba apenas a pronunciar
mi nombre —porque incluso tenía un nombre—.

Me llamaba “Pluto”. Sí, con toda la coña de este mundo
y con su rimería barata, televisiva, fácil.
Y sólo me daba rabia por no poder vestir una buena corbata.
En fin. Era un perro. Un p(l)uto perro. Y ladraba.
¡Joder que si ladraba!
Ladraba como cuatro perros juntos disputándose una jodida perra.
Jodida, sí. Porque todos los perros odian a las hembras, tan delicadas... tan prolíficas...
Tan llenas de cadenas.
Me dolían el collar, el chip y las pezuñas.
Y el hecho de saber que no era un perro sino un patán de baja alcurnia para mas inri y desgracia
y mofa de carceleros/as, jueces/zas y demás buenas gentes (allá cada cual con su conciencia).
Tenía un cáncer en los testículos de más de 2.500 toneladas métricas y sus buenos 15 metros longituditudinarios
y no se me ocurrió otra cosa que hacerlos estallar un día de fútbol, un domingo que el bar estaba lleno de forofos y de gorriones.
Mi cáncer estalló justo cuando todos gritaron “¡GOOOOOLL!”.
Se les metió por la boca mi cáncer desangrado, nauseabundo, espumoso, temible, incurable.
Se les metió por la boca

y a uno que estaba cagando incluso por el culo
se le metió
(porque del susto el mondongo succionó).
En fin, señorías,
me declaro culpable
de tanta anomalía
y me encomiendo
a la buena voluntad de tanto cabrón como anda
suelto.
¡Ah, y un bizcocho!

Había desarrollado hasta la perfección
el nombre y la palabra;
había arrullado tantos términos,
y en vano,
que no sabía ya quién era yo.
Miraba, aburrido, hacia el espejo
que me devolvía la grotesca figura
de un insecto gigante,
en absoluto terrorífico,
sólo grotesco, absurdo, ridículo en su halo de
humanidad
que no le iba ni le venía.
Observaba las antenas del irreprochable *petit
moster*
crujir en su incomprensible lenguaje
que enarcaba las cejas y enarbolaba sonidos
estridentes.
Luego aparté mi vista del insecto

y no lo volví a ver nunca más
porque nunca más volví a pensar en él.
Me dio pena, de tanta titulación perdida.
Tan académico como podría haber sido...
En fin, en la próxima existencia será, tal vez... si

Dios quiere...

Estaba aburrido de mí mismo,
más que del ridículo monstruo yacente en el olvido.

Y metí con furia mis dedos en mi pecho
y me arranqué el corazón
y me lo comí.

Y al cabo de unos segundos
otra vez sentí el viejo latido estremecer mi cuerpo y
mis sentidos;

me agarré la garganta y escupí ligero
y me sentí un poco gaucho,
un poco hombre,

y observé mis venas gruesas que rezumaban sangre
de mi viejo corazón otra vez en su sitio,
listo y dispuesto para el bombeo.

Me miré en el espejo y arranqué los ojos del espejo
pero conservé los míos
por si acaso.

No soy tonto...

Luego, rompí el espejo
y sentí que algo dentro de mí se rompía
y luego sentí también que mis ojos se rompían
y se desenrollaban como una alfombra de grandes
intenciones

cosa que me sorprendió porque yo siempre fui
persona hartamente humilde y desamparada.

Y abominé de mí y de mi falta de cultura y sobre
todo de titulación
porque entendí que en realidad no sabía hacer nada
y me pregunté cómo era posible
que un hombre
existiera sobre la faz del mundo
un hombre que no sabía hacer nada
que no disponía de las correspondientes titulaciones
académicas
y que a pesar de todo
estuviera vivo,
en un sentido físico.

Tenía 150 páginas pegadas a la lengua.

Yo esperaba algo con más extensión
y aún no había decidido cómo rematar aquella
noche.

Una legión de mujeres invadía mi
íntima imaginación de las cosas mundanas
y no me equivocaba.

Pero el erotismo ahora se había trasladado a las
yemas de mis dedos en forma de poesía en forma
de prosa

y no lo sabía nadie excepto yo.

Era una nueva manera de concebir elpreciado don
de la palabra.

Nada de erudiciones. Nada de diccionarios.

Uno solo ante el peligro de las ensoñaciones,
de la i-literatura. Porque aquello no era literatura en
un sentido académico.

Siempre lo dije —y sin vergüenza—: aborrecía la
universidad,

aún cuando admitía su esencia imprescindible.

Siempre fui un orgulloso, un perverso.
Siempre tuve encima de mi sombrero esta
sensación de mortalidad que aplanó mis
ambiciones.
Y luego, mi falta de miras,
señoras y señores.
Todo es tan sencillo... tan prosaico... tan
enternecedor y comprensible...
No tengo aspiraciones. Y si algún día las tuve,
murieron.
Tal vez, un día de invierno,
mientras miraba hacia la calle desde la ventana
y mi padre encendía la calefacción a carbón y leña
(último grito, de veras).
Parecía que habían transcurrido tantos años; o
siglos.
Y sólo éramos niños que soñaban a ser otros, ya
crecidos.
Soñé que un famoso poeta me lanzaba un mensaje:
Y yo pensaba: “No vale la pena.”
Y lo pensaba de veras. Y luego, me asomaba a la
ventana pero ya no había infancia ni carbonera
doméstica.
Era África. Que angustiada me tendía la mano y yo
avergonzado reculaba.
La noche trotaba ligera por entre las estrellas.
Mis dedos al teclado (de mi ordenador)
realmente tecleaban un piano invisible.
Y a cada nota, una melodía surgía
y se lanzaba ciega hacia el universo
plagado de estrellas, y cometas, y agujeros negros.
Era una noche azul de oscuridades

y reminiscencias deslumbradoras.

“¡Aquí, hijo!” gritó mi madre desde la tumba, en
Korella.

Y yo le tendí la mano, y mi pobre idioma.

Y ella volvió a abrazarme y sentí en mis carnes
todos los abrazos de todos los muertos del mundo,
y todos sus besos, y todo su amor, y toda nuestra
pequeña, irremediable impotencia.

Y sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas.

Y por un instante pensé en arrancarme los ojos para
así arrancarme las lágrimas.

Pero no pude. Yo no era Martín Fierro. Ni Joxu ni
Joxi, asesinados.

Sólo era yo. Y clavé mis dedos en la arena.

Y cuando otra vez los arranqué a la luz,
la sangre corría intrépida por entre mis dedos
largos, huesudos.

Unos saludos llegados de lejos llamaron mi
atención.

Miré hacia el mar y vi una legión de ahogados
dirigirse hacia la costa.

¡Eran todos los ahogados del mundo!

“Es terrorífico”, pensé. Y encendí un cigarro pero
no me tragué el humo.

Y miré sin ver hacia el horizonte marino
y otra vez el pensamiento se adelantó a mi
sensación y sentimiento:

“Sólo son todos los muertos”, mascullé sin pena.

Y otra vez permanecí mudo-en silencio-
manteniendo la respiración-y todo eso:

“Mi cerebro es una olla exprés” recuerdo que pensé
antes de arrojarme a los pies de tanto muerto como

el mar me traía. Y luego, desperté en el “Museo San Telmo”, que decía un cartel. Tuve un amago de rabia, de inoportuna reminiscencia, de un rencor fuera de lugar, como si aquellas tumbas centenarias no fueran más que piedras ajenas.

Y... ¡qué vergüenza...! ¡cómo lo traicioné...!

Nunca te lo dije y ahora te pido perdón con lágrimas en los ojos...

¡Ojalá hubiera sabido respetar a tu mujer!

Pero ella también adivinó tu traición,
y sintió su soledad,
y la mía...

El resto,
ocurrió tal cual.

Otra vez volvía a ser un gaucho

sin pampa,

sin idioma,

sin caballo,

sin poema,

sin héroe,

sin cuchillo,

sin Martín Fierro,

sin Borges.

Otra vez volví a ser.

Dejé a los dedos el deber de llevarme a algún sitio.

Me abandoné a la delicia de la duda,

y permanecí atento a lo que el siguiente instante me traería.

Y una mariposa surgió de entre mis dedos mientras arrancaban del teclado palabras que yo maldecía por no ser notas musicales, mi gran pasión, la de mi madre: música.

Y arrojé por la borda de mi ordenador tantas
pasiones...

Otra vez, sentía la angustia, la emoción
desbordarse, mis ojos...

Y pensé: “Una noche entera podría transcurrir tal
cual.”

Y no me equivocaba.

Había descubierto una nueva forma de crear, de
remedar mi incultura musical: transformar en
poesía cuanto hubiera deseado expresar en
tonalidades musicales. O en fórmulas matemáticas.

Son lo mismo.

Había que desarrollar una nueva mística creadora.

Por ejemplo, el artista —yo—
creando su poética en un teatro repleto de gentes
que siguen en una pantalla gigante el proceso
creador,

desarrollado al mismo tiempo que una melodía
interpretada “in situ”...

Una nueva expresión, que bien podría ser tomada
como una expresión hiper-desarrollada del
bertsolarismo, y que a mí, bien me gustaría que así
fuera interpretada...

La importancia del arte es como la muerte:
deja/no deja huella.

Está abandonada a sí misma, y al devenir.
Hora de dar el carpetazo. De cambiar el “rollo”.
De cerrar los ojos y dejarse llevar por el espíritu
de(l) músico, de(l) compositor.

Un aire templado y sensual barre la noche
y nos acomete.

Tal vez, ha llegado el último acorde.

Pienso... El rostro del compositor que no puede
apartar la mirada del árbol sacudido atrozmente por
la tormenta...

Y el riachuelo que corre desnudo entre las piedras
del bosque...

Y los carros de heno de los campesinos...
Retazos de un pasado rural que ya no poseo
pero que una vez viví
como carro, como heno y como campesino.

Y como bosque y como tormenta y como árbol
sacudido atrozmente por la tormenta.

Soy el piano que interpreta los sentimientos del
compositor, más que aquél que interpreta, músico
de los otros...

Soy la melodía surgida ignota y misteriosa con los
ojos cerrados, europea...

Soy un poco de todos y tan nada de tantos...

No lo hago por afanes humanos, ni por despecho...

Sólo lo hago... tal vez, por incertidumbre de las
cosas...

Mientras bebo, y apuro de un trago las cosas de la
vida.

Y aguardo una llamada que no habrá de suceder
nunca. Por suerte para todos. Y sobre todos, para
mis hijos.

Y el recuerdo es una entidad falsa que apura esta
sensación universal de haber sido siempre, alguna
vez, en el instante en que alguien, querido, nos
dejaba para siempre, para alguna vez.

Sí, soy capaz de emocionaros.

Soy un creador y un humilde poeta en estos
tiempos de arrogancia y ciencia.

Mis dedos acarician la sensación de un acierto,
de una espera que conduzca a una nueva palabra.
Ahora mismo sería capaz de lanzarme a una nueva
aventura humana que seguro habría de depararme
nuevos conocimientos humanos y carnales.

Pero algo hay que tira de nosotros con el peso de
una ancla colosal,

con la fuerza de un yugo mecánico inaudito:
tal vez, la carne de la carne, nuestros hijos e hijas,
pobrecillos...

Tan humanos, tan carne de nosotros, tan inocentes
y tan odiados de tanto que los hemos amado...

El tiempo distante nos arrebató el alma, es decir, las
palabras, o sea... nada.

Un rumor de rebelión incendia el aire y yo vuelo
hacia un espacio más amplio, menos humano. Y
pienso, si la libertad nos vale para algo... Y que

Dios me perdone.

Tengo callos en los dedos de tanto teclear, de tanto
inventar palabras y sensaciones y cosas que a nadie

importan puesto que no las puedo vender. Los
libros, la literatura, la poesía, las palabras... son
como el aire: no valen nada... y son

imprescindibles.

Así es la vida, y su sentido: banal e irresoluto. Puro
enigma que aguarda el día de su liberación.

Miré con desconfianza a mi intérprete musical.

Pudiera ser él el culpable de mi bostezo puntual...

Pensé en ir a tomar un café, aunque eran las dos y
media de la madrugada.

Ya todos sabían que era un loco, en el pueblo.

Todos lo sabían. Y por eso no les importaba ser
generosos. Lo hacían, los más, de todo corazón. Y
los menos, me odiaban... para no tener que
confesarme su amor. Ya lo dije antes:
los hombres me aborrecían
porque sabían que atraía a las hembras.
A todas las hembras.
Había algo en mí que rompía los moldes
establecidos: mi inutilidad.
No saber cómo se gana el sustento...
No saber cómo se compra ése último modelo...
No me importaba la amplitud.
Me sentía como si el cielo estuviera a mi
disposición.
Era el hacedor-creador de un largo poema.
Y el alcohol se resistía a mi garganta.
Los títulos —nobiliarios, académicos—
se precipitaban por mi ancho culo,
y no quedaba de ellos sino picadillo
que a trescientas pesetas el kilo
aparecían en el mercadillo.
Yo es que me desternillo...
Y me río como un conejillo...
Al ajillo...
Y a quien le pique el ojillo
del culetillo
que se lo rasquetee con un rastrillo.
(Finito, saltamontes... ¡Qué risa!)
Biba Korella!

No merece la pena morir en el silencio de los
cipreses.

Hay otras formas de morir que es el recuerdo,
recuerdos materiales de los que todos somos
capaces de recordar.

Ahí abajo, en el bar desternillado de risa,
y con otros dueños a los que tal vez nunca más
volveremos a ver.

Quién sabe cuál es el destino de cada muerto.
Quién sabe nada de nada en esta noche tan
desternillante de los mil muertos.

Suena una melodía clásica.

Pero podría ser otra.

Del mismo modo que podría haber sido otra
historia,

otro destino, otras culpabilidades.

Podría incluso haber sido una de esas coincidencias
que nos hubieran obligado a la ignorancia del
alfabeto (romano, griego, castellano, vasco...).

Todo es un recorte del universo nº 8,
en una de las céntricas calles de San Sebastián
(¡perdonadme, yo, que tan poco universal me
considero!).

La radio escupe su insensata modernidad
y yo aporreo un teclado inútil,
un Aleph para ciegos, para Sábados,
para vascos recién conseguido el pasaporte
porque perdimos una guerra que otros, por
desgracia, ganaron.

Pero todos fueron nuestros padres.

La librería Hontza fue la tumba de mi madre.

Allí compré el último libro que leí

antes de que mi madre exhalara
su último suspiro.
Allí adquirí el último ejemplar
y recuerdo que me pregunté a mí mismo:
“¿Será éste el último libro que leeré
mientras ella aún vivía?”
Por supuesto, el dependiente
nunca tuvo noticia de tan trágica
y trascendental venta.
No le culpo.
Además, era barbilampiño.
Y simpático.
Y euskaldún.
Y una trabajadora del lugar
había compartido conmigo sus tal vez últimos
momentos de aek.
*Cosas que nadie entiende. Cosas que a nadie
importan.*
La historia empuja su destino ante una visión
puramente materialista del universo:
“¿cuánto vale Júpiter?”
“¿cuánto vale Júpiter?”
“¿cuánto vale Júpiter?”
“¿cuánto vale Júpiter?”
Asombrado, observo a mi víctima:
es una araña atrapada en su trampa.
Pobre araña... Nunca lo hubiera imaginado...
Sus ojos alumbran con 1,5 voltios.
Sus patiwás ya las menciowé hace tiempo...
Sus pobres patiwás de araña...
Y el telescopio Huwlwey (no creo haberlo escrito
bien en la lengua clásica de mis uni-anteasados),

nos descubre un misterio ridículo o/y
misericordiosamente millonario.

Sea, una atracción...

San Migel, tú que desde Aralar proteges mi hoja
Web,

no me dejes caer en la tentación,
y oblígame a reaprender el Padre Nuestro
tal y como lo heredé de mis antepasados...

Amén.

El dinero... no hace la felicidad...

simplemente la transforma...

Ya ves... Marx, sólo era un poeta...

Y yo, miro con admiración y asombro a Pessoa, ese
inglés borgesiano que hizo del universo cotidiano

lo que quiso...

y los vascos...

que amarraron su idioma

a una suerte de destino político

condenado al éxito y al fracaso (como todas las
civilizaciones)

pero que nos engarzó a todos

los joyeros del idioma,

del ser- y del no-ser

y del Unamuno recién resucitado, arrepentido,

con toda la sangre salamanquesa

que de un modo u otro siempre me hubo

encarcelado.

¡Ay, cuánto siento la palabra!

¡cuánto siento el hecho de sentirme y no sentirme

nada!

¡cuánto lamento mi torpeza a la hora de interpretar

la samba brasileña!

Si yo pudiera revivir, revivirme...
Pasajes, mujeres, consciencia vilipendiada...,
Y la voz, la voz, la voz que hace tiempo no
escucho,
porque soy como un Frankenstein que añora su voz,
la voz de la mujer que lo trajo al mundo,
soy el monstruo de la humanidad que se pregunta
por qué, por qué, por qué...
Soy la sombra de la humanidad que transcurre
por las calles de un pueblo llamado Irun,
una villa bombardeada,
un pueblo insultado,
y un perro que rompió mil veces las cadenas
para reencontrarse con los que ya nunca más volvió
a encontrar,
los suyos, los suyos...
Un perro sin nombre que rompió
mil veces las cadenas
para regresar una y otra vez
a su villa, a su pueblo, a su delito.
Yo soy, todos los muertos.
Yo soy el que llora, todas las noches.
Yo soy el que muere todas las noches...
Yo soy un rapahel sin traje, sin años, sin uvas...
yo soy un padre sin hijos,
yo soy la nada que no me atreví nunca a imaginar.
Yo soy el rencor.
Soy un programa.
Soy mis lágrimas.
Soy una miserable puta
que llora su puto y miserable destino.
No soy un erudito, desde luego.

Soy un terco, un borracho,
que se empeña en cenar todas las noches la cena
que su madre, ya muerta, le había dejado
preparada.

Soy un barco, que parte rumbo a lo desconocido.
Soy nadie, que se desprecia rumbo a lo
desconocido.

Soy, rumbo a lo desconocido.

Soy, rumbo.

Soy.

...

Y el misterio sale a la luz y tiene un nombre, un
apellido:

Nadie.

"Nadietarren izena", que vivieron allá, y que
sufrieron en silencio su cortedad de miras.

Y luego permitimos que las flores fueran de
préstamo.

De plástico.

Regaladas.

Y Regaliz.

Y también un lago. Y un polígono industrial. Y
empleados del ayuntamiento. Familia cercana.
Familia cercana. La más lejana. La más arrojada a
la ciudad luego de haber sido parte de un pueblo
derruido, destruido, polizuiído...

Y ahora, la amante teje su melodía infinita... como
su recuerdo... como su nombre, por ejemplo,

Martha... (una pena, fuera tan ortodoxa...),
entre tantas páginas con lugar...

Vale más una discoteca que un libro... de anti-
poesía...

que un recuerdo de... anti-bartzelona...

Ahora,
cuando no queda nada de lo que uno quisiera que
quedara,
entonces, el mundo
recobra su sentido,
su patético lugar,
su vómito y su anti-vómito,
su picor y su rascar.

Ya está. Todo arreglado.

El mundo era redondo. O bastante redondo. O casi
redondo. O casi rectangular.

Como una tumba. Igual-igual: cuasi redondo, cuasi
rectangular, cuasi cuadrangular...

Como una tumba... Cuasi-irreal.

Pero, con dos o tres “toques” materialistas: dos, o
incluso, tres erratas en el apellido, en el texto literal
de una tumba de pueblo, a pesar de mi pobre
pronunciación en inglés: “Independace day”.

No somos nadie...

LA CIUDAD GUARDABA UN ESPANTO DE CARNE

[Melodías célticas para arpa]

La ciudad guardaba un espanto de carne
adormecida que trashumaba fiesta de otra
época, dulce pero también con su grano de horror y
llanto.

Así nuestro querer llano,
que no malgasta un átomo de quietud
en la llanura.

La ciudad sudaba humo y alcornia diluida
y los viejos se miraban asombrados
las manos arrugadas, las uñas amarillas,
el tiempo transcurrido tan despacio, tan rápido,
sigiloso... El tiempo resonaba impertérrito
y dulce, a bocanadas.

Lo confieso: me gustaba ese tiempo
y su cadencia. Y miraba, quedo,
en todas direcciones,
las nubes, mansas, que anegaban el cielo
y la bondad pasar también sin prisas,
sin deseos.

Un rostro vi asomarse en una esquina de mi calle
y morir luego
y unas hojas caer
y un montón de ceniza,
de algún muerto querido,
“La vida es así” pensé “un montón de ceniza
que juega sobre nuestras cabezas
y esta sensación de irrealidad”.
Avancé hacia la sombra
y luego retrocedí asustado,
con el tiempo pellizcándome en los ojos

y desnudando mi cuerpo de mudas rosas.
Avanzaba, al trote alegre de un caballo.
Era un día más de un vulgar día cualquiera
y yo amaba la vida.
Y besaba en sueños la almohada
en la que mi amada había dejado sus sueños
adheridos.
Y sentí un dolor suave, y un sabor a menta,
rastros de una suave traición sin importancia
que cambió el devenir de... qué sé yo... alguna cosa
que iba a ser...
Son tan cortas las palabras como las sensaciones.
Siento a saltos las próximas eras que el futuro me
depara
y en confianza dejo a quien quiera leerme
un poco de mi nada, un menos aún de mi grandeza
y un todo absoluto de mi insignificancia.
Son tres letras el futuro: PAX.
Había resuelto tantas cosas...
Y abandonado otras tantas...
Tocaba flojo, despacio,
en los recovecos de mi alma.
Cerraba los ojos y entonces veía todo.
Y cuando los abría,
entendía la noche
y declinaba el día.
Si algo no soportaba eran las interrupciones.
Y luego, cuando en el lago nadaban peces muertos,
yo partía las aguas con un pico
y las cubría otra vez con sus aguas y una pala
mediana,
de cristal y dibujos enigmáticos guarnecida.

El aire se poblaba de burbujas con ojos,
y las plantas sonreían.
Y el aire mecía nubes enanas,
que trasladaban lluvia de un árbol vivo a otro.
Y las plantas todas tenían miembros de carne,
y corazón de poeta trasnochado y fugaz
como una estrella.
Y los árboles miraban con pena el horizonte
inmenso
y su quietud eterna e inaudita daba una pena falsa,
porque todo era tal cual.
Y la hierba era verde
y el cielo era azul
y la tierra marrón
y los seres humanos no manchaban aún la faz de la
tierra
con su hambre insaciable, su ambición ilimitada,
su desesperación mortal.
La naturaleza no tenía necesidad de los hombres
que una vez la torturaron
y viajaba plena
en la inmensidad del universo
(de uno de los universos)
infinito.
Gotas de lluvia resbalan por la frente del primer
poblador;
que carece aún de ojos y de boca y de nariz y...
No tiene nada excepto su anhelo,
su intuición y su certeza.
La Tierra es generosa y le ofrece cuanto le hace
falta:
unos ojos, una boca, una pequeña y graciosa nariz...

Mira entonces hacia,
y se topa con la infinita plenitud
que no le corresponde;
tan solo, admirar debe,
y aprender a callar y a dar las gracias.
El barro en sus pies le alcanza un recuerdo
mortuorio
y el hombre hinca las rodillas en la tierra blanda e
inaudita,
y con sus ojos, por primera vez,
un Hombre llora sobre la Tierra.
Y luego vinieron otros
que por primera vez vivieron
por primera vez
lo que ya habían vivido todos.
Para festejarlo,
inventaron la danza,
y la música
y las fieras no
que ésas las hizo un Señor.
Yo sólo canto y vuelo
con corazón de cisne
y alas de Ángel sin cielo y tierra, desterrado.
Era preciso mirar hacia dentro,
a la burbuja,
coger la brocha
y pintar de blanco el exterior,
y luchar contra el trabajo y la rutina y el teléfono
soberbio;
era preciso luchar para proteger mis dedos
encantados
que tecleaban un futuro de promesas,

de esperanzas que ya nunca más habrían de dejarme.

Y recordé otra vez a un hombre joven llamado Aitor Zabaleta y pensé que yo apenas fui nunca a ver a la Real. Y sin embargo, sentía que había algo que me unía a ese muchacho. Sí, descansa en paz en una pradera verde donde todos los domingos escuches los nombres de tus ídolos y cantes ¡GOOOOOOL! con todos ellos y.. qué carajo, también conmigo.

Incluso en esta naturaleza viva y relajada es preciso traer de vez en cuando al recuerdo una señal, una estrella.

Por ejemplo, Agustintxo. Homosexual. Muerto en la flor de la juventud.

Pero no es ése el camino para llegar a Wonderful Land.

Así que os dejo, mis terrestres amigos.

Nubes de sombra proyectan inquietantes pensamientos sobre el camino mudo e infinito.

El Primer Hombre duda y... abandona el camino.

Fue la primera decisión de este mundo.

Y nunca supo por qué la tomó.

¡Viva la irracionalidad!

Topó dificultades,

y piedras,

y medias-lunas,

y aves que nadaban en aguas dormidas

y peces que volaban a gran altura.

Y se asombró

de no haber tomado antes

su primera decisión.

El aire adoptó un color naranja.
Y Julián soltó una incongruencia.
Y todos nos alegramos.
El Primer Hombre
pronunció su primera sílaba
y se arrojó a los pies de su sombra,
complacido.
Pero en un recodo de un maligno sendero
un hedor de carne putrefacta le llamó la atención.
Todo era posible allá, en Wonderful Land.
Las rosas hoy eran compuesto orgánico mañana;
y los restos podridos de algún penoso banquete
divina miel de abejas hoy, en el día siguiente.
Un hada abrasó con su pecho al Primer Hombre
que no sabía ir de compras,
todavía,
y un susurro de besos y risas escondidas
llenó el bosque donde los ingenios arrullaban sus
fábulas y sus recuerdos.
Y la Media Luna brilló, muy turca ella,
muy falaz y dormidera.
Sólo quedaba el llanto del Segundo Hombre
que pobló la tierra.
Y ése, no tardó en llegar.
En aquél tiempo, éramos como los caracoles.
Y luego, vinieron los peces,
y las hadas,
y los Hombres...
Las tele-visiones llegaron más tarde,
de la mano de hombres visionarios
que murieron en el invento.
Estaba sediento

de poesías y de palabras y de alcohol y de sexo y de
santidad y de cólera y de paz y de lujuria y de
castidad.

En una palabra: estaba sediento de humanidad.

Y la Media Luna brilló,
esta vez de verdad.

Y mis sueños salieron despedidos hacia un agujero
abierto en el cielo que luego volvió a cerrarse otra
vez, rápidamente.

El siglo XXI había recuperado su poesía.
Sólo le faltaba que volviera a interpretarla.

Necesitaba un lugar.

Un lugar público.

Buenos músicos.

Y una pantalla gigante.

Y el poeta, sumido en sombras,
tecleando su insensata obra, sus poesías, su divino
rencor ahora convertido en nada, en cenizas que
revoloteaban el mensaje de un muerto una vez
vilipendiado pero sobre todo amado.

[Duke Ellington]

De la Z a la G,
pasando por la V y la T,
y sin olvidarnos de la R y de la J.
Caer, caer, caer...
por el tubo digestivo de tu cuerpo,
y no ser nada.
Caer, caer, caer...

por la nada digestiva de tu nada.
Caer o volar es lo mismo,
son sinónimos.
Volar o arrastrarse o caminar con los labios
pegados al suelo es lo mismo,
son sinónimos.
Tengo el páncreas atravesado en el ombligo
y me siento tan físicamente,
tan cuerpo,
tan redondo y blando y carne,
que hasta me da hambre.
Hambre de no haber nacido en otra época.
No porque fuera mejor;
ni peor.
Sólo porque fuera otra.
Sin menos compromisos
y menos artes marciales.
Un tranvía llamado, cómo no, deseo
atraviesa mis arterias
y me enjode hasta las orejas.
¡Qué calamidad!
Me gusta, sí.
Este permanecer vivo una y otra vez,
todo el tiempo,
vivito y coleando.
Voy a fabricaros un traje
que nunca olvidaréis.
Si no tienes un corazón para sentir,
desconecta.
Si no tienes oído para la música,
cambia a otro canal.
Si no tienes lo que un hombre tiene que tener,

no te molestes en buscarlo
(es demasiado tarde).
Estoy hablando para la radio,
queridísimos amigos.
La radio es algo grande.
Pero nada hay tan grande como mi polla.
Me río, sí.
Con mi super voz de Casablanca.
Soy el más grande de Hollywood (¿lo he escrito
bien? ¿no? pues que se jodan).
Sí, la noche va entrando, poco a poco.
La noche de Pasajes.
La noche de las putitas de oro.
La noche, luego de un buen culo,
es lo más negro que he visto en toda mi vida.
Sí, deja que me ría.
Un buen polvo,
aliviaría todos mis problemas;
me ayudaría a comprender la vida;
y a tener otra idea de mí mismo
y de Bartzelona.
¡Viva el Barça!
Por cierto,
decid a esa ballena
que no se suene los mocos de un modo tan
estridente.
¡Parece realmente una ballena!
Y yo, soy un marica
arrojado al mar de las contradicciones.
Qué se le va a hacer.
Este mundo —que por otro lado es el único que
conozco—

es, cómo no,
una mierda.
Sí, con equis.
Una mierda.

Y con acento en la o.

“O” de órganos sexuales desplazados en el cosmos
de tu jodida cara de gilipollas.

Perdona, bicho. No he podido reprimirme.

Debería escuchar más música clásica.

El Jazz de estilo New Orleans es todo así...

decadente, sexual, lujurioso.

Americano.

Por un instante había olvidado para quién estaba
mascullando.

Tal vez, debiera limitarme al mundo clásico.

Y aprender un poco de latín, un poco de griego, un
poco de... no sé... egipcio.

Deja que me ría, estimado colega, deslumbrado
fanático.

Soy el nuevo Elvis; el nuevo Elton Yo; el
insuperable Rolla y Eston;

son la polla; y un par de juicios que no ganaré
nunca.

Porque la juez es una tía.

Deja que me ría. Estoy por las nubes.

No sé no cómo hostias me llamo.

Soy Don Quijote.

Y me han birlado el caballo.

La felicidad consiste en eso:

saber beber;

estudiar poco;

y a los veinticinco años,

saberse fracasado.
Luego, te casas,
tienes un hijo (o dos, si el esperma te llega para
tanto)
y por último
te compras una casita
en el pueblo de tus antepasados.
Ya está. You did it.
Deja que me ría, tío.
Me bailan las tetas de tanto reírme.
Te voy a diseñar un traje, Balenziaga,
que te vas a cagar.
Muy bonito New Orleans.
Nunca pensé que iba encontrar tantos zoom-baós.
Menea, sí, menea tu esqueleto,
maldita polla de plástico.
Y págame la sesión de espiritismo
que te ofrezco en la mejor de las emisoras
radiomudas de todo el universo cómico.
Tengo un gusano en la pollera llamado Borges.
Y un gaucho, tío, que prepara una pasta
más gansa que un ganso.
Deja que me ría, tía.
Ay... Esto parece la fábula del trompetista
Diamelín.
Por favor, que alguien pare esta Noria.
Que alguien diga a Fellini que ya no quiero ser
actor.
Que alguien diga a mi mujer
que ya no me importa ser feliz.
Que alguien recoga mis restos
y los deposite pulcramente

en una papelería con el sello de la ciudad de San
Sebastián-Donostia.

Deja que me ría.

Putilla, dónde estás... ¿por qué no estás conmigo?

¿Soy pobre, acaso...? ¿Es eso?

Booooo... Escucha, aún tengo veinte años
y toda una vida por delante.

Me llamo La Pantera Rosa.

Y mi pepino aún se me endereza.

Me gusta la música,

el sexo,

las mujeres infieles,

y el Cola-Cao por las mañanas.

Yu-húúúúúúúú!

¡Tengo dos piernas!

¡hay que celebrarlo!

¡viva el celibato!

Tengo, creo, un par de brazos.

Pero tengo que contarlos.

Son muchos, dos, son demasiados, dos, son

multitudes,

son.

Hop! hop! hop! hop!

Me muero de ganas

me muero de

me muero

me

e

.

Ya sabía yo que Duke Ellington habría de venir en
mi auxilio.

Cómo echo de menos a Donostia.

Sus bares nocturnos,
sus viernes,
sus sábados, sus domingos retardados,
pero sobre todo sus lunes, martes, miércoles y
jueves.
Cuánto echo de menos todo.
New Orleans incluido.
Es una pena que sea tan negro en un mundo tan
blanco.
Mejor, si la cabeza la tuviera para masturbarme,
en vez de para sentir.
Señoras y señores,
mi reloj se ha parado.
Le voy a dar cuerda.
Lo cual quiere decir
que aún, todavía, estoy cuerdo.
Tiene su lógica...
Y ahora, si no les importa,
voy a ver si localizo a una novia
que tuvo a bien quererme con locura
hace ahora doce mil años.
Bueno, no eran tantos.
Pêro, como si lo fueran
(perdonen ustedes le chapeau).
Dejen que me ría.
Un niño es un niño.
Sí, cancelar.
Esto no es una carta.
Ay, mi estómago se va a romper en no sé cuántas
viñetas.
Antón, ¿dónde estás?
¿Por qué no respondes a mis mensajes?

Antón = Misterio.

Estoy vivo.

Me echo pedos, las axilas me apestan y hago traducciones técnicas.

Sí, estoy vivo.

Más vivo que la una.

Más vivo que una lata de atún "La Piara".

Deja que me ría, joder.

Mañana, cuando un cáncer devore aquello que más amo en este mundo (mi polla), ya no podré reír.

Existe el pasado, tanto como el presente.

Pero Duke Ellington no es el indicado para ponernos trascendentales.

Se trata de... no sé... no sé de qué se trata... De un buen programa de radio, tal vez...

Luego, más tarde, a continuación, después...

Deja que me ría, tío/a.

Es que, me ha salido en sarpullido en los colmillos.

¿Y no puedes quitármelo? ¿Y para eso estudiaste veinte años Medicina?

Joder... Sí, yo también soy negro. Y a veces lloro mi destino. Y trato de lavar mi piel con lejía y estropajo azul. Y no consigo nada, excepto aumentar mi dolor y mi desesperación. El mundo es así, como lo inventaron.

El mundo es una blasfemia judía y una respuesta de Ug-ba-lá. No digo que no tengan razón; ni que no la tengan. Sólo digo que digo que no digo lo que digo.

Me importa un higo.

Deja que me ría.

Ay, qué pena que no tenga un poco de whisky.
Y veinte años menos.
Y una esposa y un hijo menos...
No, eso no.
Mi hijito no.
Él no.
Es bueno, es cojonudo, es fantástico.
Él sí vale la pena.
Soy yo, expresándolo todo.
Es soy.
Soy él.
Pero ya os he dicho antes que no vale la pena tanta
filosofía.
Duke Ellington no pretende desvelar los misterios
del gran Locke (a veces hablo como un periodista
afuncionariado).
Pegdon, se me olvidó el condón
en la casa del Sr. Barón.
Deja que me ría.
Duke Ellington vale 2.000 pelas.
Y esa musiquilla hawaiiana-hollywodiana-
hichesogeitalauana...
Esa musiquilla, que me abanica la pollita,
tan chiquita, y ponita, y saltalina...
No, no me interesa.
Yo, soy un presentador de la radio de la noche.
Amo la música y el atrevimiento.
Cosas que cada vez son más difíciles de encontrar
en una buena radio.
Son la una de la mañana y Radio-Serafín te desea
un buen polvo.
Que la fuerza te acompañe.

Deja que me ría.
Tus cojoncillos los noto un poco demasiado
ingrávidos para mi gusto.
Tienes que engrasarlos “un poquito más” (tal y
como dice la canción...).

Tirorí-tirorá; tirorí-tirorá...
Muy bonita esa melodía.

¿Te las has sacado de la manga o te la has sacado
de la manga?
Deja que me ría.
De mí.
Tengo el sarampión,
y noventa años.
No, mejor ochenta.
Soy la una y diez.

Es decir, he inventado la máquina del tiempo
pero olvidé los planos en algún sitio.
Un hombre que inventa esa frase...
no sé... es como volver a inventar la literatura.
Claro que si has acabado la carrera...
es normal que te joda...
Deja que me ría.
Con tristeza.
Nada dura toda la vida.
Tampoco una buena borrachera.
Acabo de darme cuenta:
me gustaría ser un borracho.
No porque me guste el alcohol,
sino porque no sé hacer otra cosa.
Estoy enamorado de mi inutilidad.
Ser un inútil y un vago es lo mejor que podría
ocurrirle a un viajero.

Y espero que algún día alguien lo transcriba al
inglés;
o mejor, que lo escriba (al inglés).
Transcribir, no voy a decir que sea difícil;
pero escribir, no voy a decir que sea fácil.
Las cucarachas de New Orleans
están nerviosas,
quieren un poco de mí esta noche
en la que me dirijo a ellas por las Ondas de la
Irratualidad.
El vecino de arriba no está conforme,
porque según parece me oye
o teclear
o pronunciar en voz alta
lo que tecleo.
En cualquier caso,
no está de acuerdo.
Y lo pone de manifiesto
arrastrando la silla de la cocina
con premeditada alevosía,
e incluso,
hace un instante,
me pareció escuchar un trueno,
que no parecía venir de los cielos.
Ni de mi culo.
Deja que me ría.
Hoy, estoy de buen humor.
Y se lo debo al Duque de Ellington.
Deja que me ría.
La verdad es que me iría a tomar una cerveza...
negra.
Esto no se acaba nunca.

Soy la consecuencia lógica de mis decisiones y
de mis raíces.
Lo siento, si no te gusta.
Pero no puedo hacer nada por evitarlo.
Tengo un nudo en la garganta.
Un nudo marinero.
Un nudo de la hostia.
Tengo en mi garganta un nudo marinero de la
hostia.
Todo esto es muy exótico.
Y a mí siempre me gustó el cabaret.
Soy un hombre cabal, serio, trabajador...

[Sibelius]

Atención!

...

Ahora no hay sino silencios mortuorios,
que es la única transcendencia
que entiende tanto humano mortal
como ha poblado el mundo
y sus intimidades.
Son las no sé cuántas de la madrugada.
Y no queda nadie a quien aferrarse.
Sólo un sentido clásico de la existencia.
Echo en falta mis viejas amistades.
Un trueno que amortigua el alba,
y una nostalgia en forma de trompetas que
anuncian el alba de un fusilamiento
(tal vez el mío).

Las Discotecas son el único escapismo heroico que
nos queda...

Platillos y bordados y canciones de pirata...

Lo clásico es lo último que nos une al alba.

Árboles que fermentan hojas

y apuros humanos

en forma de frutos y de manzanas...

Suspiros...

Y esas trompetas...

Mi alma la emborrachan los instantes de cualquier
cosa.

Tengo un hijo, como bien hubiera podido tener dos.

Descorcho la botella, y miro distraído

la etiqueta del semidiós cava

y maldigo el día en que no pueda brindar con mi

propio cava y con mi propio puro de enormidades y

acontecimientos festivos...

Mi pecho hace tiempo que no sintió nada

parecido...

Una librería... Ya sabéis... Cuando compré el

último libro de poesías...

El mar es una maldición.

Y el amor es un mar de maldiciones.

Y el clamor de la bruma en la mañana y el bramido

en la cresta de las olas

es un océano de amores maldecido.

Mi corazón bombea no sé qué...

La vieja melodía que acapara el sentir...

No me abandones ahora... te escucho... en esta vieja radio, emisora de sueños, rombo doble de mi sentimiento... Doña Flora de mis infancias perdidas... Guillermito de mi alejamiento... Muñón de mi alma y de mi niñez... Enigma de mis entrañas... Tan misterioso como el cómico cáncer que me devora... Sueño de mi existencia... Juventud de mi decrepito final... Sangre poética de mi padre que nunca acertó porque... Franco ganó su apetosa victoria. Y yo soy... Nada. Todo eso. Nafarroa... Lizarra... Iruñea... Sakana... Oronoz... Todo eso soy... Es hora ya de sacudir el yugo y de mostrar a los presentes que una voz, incluso en una radio, es una voz... Es un recuerdo de cadenas y de luchas y de reuniones y de nostalgias y de amaneceres... Se me rompe de nuevo la palabra, cada vez que siento toda esta profundidad de las notas musicales... Aquí hay más que una simple base... Esto es el principio y el final... O yo me equivoco... La nieve de los montes y la espuma de los mares se fundieron en un abrazo mortal. Y luego quedamos unos pocos... para continuar escribiendo no sé qué historia de las anomalías... Bienvenidos... amigos, enemigos, tristezas, antepasados sin alcurnia... Miro a mis ojos que alumbran la noche sin estrellas, y pienso que la poesía es un muerto sin sentimientos. Y algo hay que se me desmorona hasta el acantilado mediterráneo... y erótico. Y yo no sé por qué una y otra vez vuelvo a Bartzelona... No lo sé... Ni siquiera sé por qué la escribo como la escribo... Sólo sé que hablo con la boca y con el sentimiento... Y que siento una nostalgia de

balcones con tiestos que yo nunca planté que me
rompe por dentro. En esto consiste el sentir clásico:
una tristeza más allá de lo colectivo. Puro
individualismo. Alegría de siglos venideros y
recuerdos. Y este sentirse ser la boca de todos los
que hablan por la noche a través de una emisora
fantasma... Me duele hasta en las uñas, hasta en las
rodillas (a mí, que nunca jugué al fútbol...). Tengo
en los ojos una melancolía... Y en los dedos, unas
ganas... No sé qué escribo... Tengo tantas
respuestas... La noche crepuscular y los muertos,
tan lejos... ¡Qué es el sentir clásico de las horas!
¿Es este melancolismo? Tal vez... por eso no lo
quiere nadie. La cultura. Es un muerto.
¿Sensibilidad? Sí, ¡y un muerto!

Esperanzas amortajadas.
Lunas descuarenjizadas.
¡Al trote, héroes caballeros!
Sintoniza, dulce guerrero.
Y no cejes en mi inútil comprensión
del universo.
Mi prosa es un payaso
que rompe a llorar en las gradas de un circo
improvisado.
Algún día, él,
mi hijo, habrá de seguir mis pasos
y de encender las antorchas
que yo mismo habré apagado.
Irán transcurridos tantos años...
tantos atardeceres iguales...
tantos amaneceres desolados...

Carne de mi carne
que devienes en los cementerios de mi inhóspito
tiempo,
que echas en falta los rezos,
que desconoces el nombre de Dios y de los tiempos
venideros,
yo soy el único culpable, hijo, hija,
no os culpéis.
Este devenir, devenir tanto...
Solamente es la música de las épocas,
de los astrofarolarios,
de fracasos venideros,
de padres que un día perdieron a sus hijas
y se culpan de un modo tan terrible...
y afortunadamente (para ellos) de un modo tan
percedero,
como sus hijas lo fueron...
Tarde de todas las tardes,
sacrosantos atardeceres donde murieron los
muertos
de todos los cementerios,
una lápida que llora su quintaesencia olvidada, su
préstamo...
Qué desencanto, para ellos, para mis buenos
parientes, que nunca imaginaron ni por un
momento que alguien tan engrullado radicaría sus
bienes sepulcrales tan hacia lo alto... El buen
profeta del que nunca amarraron ni tan siquiera un
canto.
Todas las noches espero este arrebató.
He desperdiciado tantos días... mis mejores días.

Dejadme estas horas robadas a la noche y al alba de
mis horas muertas.

El canto clásico que borda un último acorde antes
de abordar las matutinas notas, heroicas.

Adelante, sobrinos de mis yemas de mis dedos;
adelante, andrajos de mi carne que me sobráis de
tantos que me habéis aguardado. Miradme, y
comprended aquello que transita por mi alma
perdida de gramáticas, superficial y risueña de la
guerra civil, resuelta de modo tan proverbial. Hijos
de la luna estática, aquí estoy, dispuesto a... nada.
Hijos de la luna nada. En Urgull. Soy quien silba
una melodía que hasta ahora nadie había osada
jamás componer. Y dos muchachos, músicos, la
entienden pero es demasiado tarde: ya he dejado de
silbar. Oh, noches de mis robledales crepusculares.

Tiempo llegado con retraso... o con adelanto...

¡Qué más da! Es el final. Redoble de tambores.

Me falta un acento. Alguien me lo ha robado.

Eco de monasterios. Y la Edad Media, fue una
protesta en el atardecer de un pueblo rústico,
acosado por la peste.

Rostros barbilampiños, que observan a Dios,
devorándose. Es el Dios Cáncer, el Dios Muerte, el

Dios Vida. El dios de los cristianos y de los
bárbaros; el dios de la nada y del todo. El dios de la
esperanza y de la desesperación. El dios de la
juventud y de la vejez decrepita. El mismo dios de
nuestros padres y de nuestros abuelos y el mismo
dios que firmará la sentencia de muerte de nuestros
hijos. Mucho más no se puede escribir acerca de
nuestro destino. Mucho más no cabe, en nuestra

ancha celda. La noche transcurre como un solo de travesera sin títulos académicos... sólo con su sentimiento. Que no es poco. Mi silla cruje. Yo soy vuestro interlocutor. Soy vuestra paz y vuestra guerra. Vuestro aliado y vuestro peor enemigo. Soy el cuchillo y la ley, que atraviesa y castiga el delito. Soy el pensar siniestro de cada día. La naturaleza abocada. El resultado de algo. La pregunta anterior y posterior a la respuesta. La imagen de un deseo. La imagen de un lago en el que mi decrepitud se refleja como una maldición. Mis dedos mueren día a día y mi deseo es sólo deseo. Adiós, acordés. Adiós, bostezos. Es hora de dar su lugar al cuerpo. Hora de que hable el silencio o la cartera. Hora de acerrojar las horas de todas las horas. Se me ha roto un minuto de mi querido e inútil tiempo. Una manecilla de oro pálido, falso y superficial como un sonsonete vago y moderno. Ahora, es demasiado tarde y las flores tienen un no sé qué de podrido instantáneo. No voy a permitirlo. Esta masacre de mariposas muertas, fusiladas en un amanecer frío y distante. Esas alas que tiemblan; ese crujir de antenas; y ese repiqueteo de fusiles hambrientos. El arco iris de mis ojos se refleja en la atmósfera de mis pensamientos. Europa se estremece. El lenguaje se ha vuelto porcelana. Y los artesanos hilan su antiguo hacer de necesidades... Miro asombrado con ojo de caballo atrozmente atormentado, con ese destino humano de las caballerías ilustres... Y nada detiene este pensar, pensar siempre. Cosacos de mi alma inundada de calles y personajes, que bailáis al son de pasajes

cubiertos de nieve y de trineos tirados por cansados caballos que se extraviaron en la tormenta. ¡Una bengala! Y el sabor del cielo en los labios... Nada es tan útil como el destierro. Se me demanda una razón, cuanto más lógica mejor. Y no acierto a dar con ella, yo que tan hombre me sentí siempre...

Habría que luchar contra eso. Contra esa anormalidad de la naturaleza... Un vaivén de situaciones se estrellan contra el muro republicano-navarro-carlista-nacionalista-marxista-falangista (inter)nacional. Las estrellas armonizan con la nada que las devora y este instante hace miles de años que se repite. Todo está vivido e inventado. El son de la vida y de la muerte. Todo. Todo forma parte de la gran grabación y misterio humanos. El destino era amarillo. Y no por capricho. Ni por destino geográfico-militar. Era ése el reflejo de miles de billones de gotas de lluvia (tantos, no podían estar equivocados) desparramadas a lo largo y ancho de este cansino, impávido mundo.

**UN AUSPICIO DE ALAS
REVOLOTEO DE SILENCIO
EXTREMO**

(Bethoven)

Un auspicio de alas
revoloteo de silencio
extremo, de intramuros.

Tormenta intransigente
donde mi llanto complacido
amasa una fortuna de
cosas intrascendentes.

Esta noche,
mientras las nubes esponjosas del cielo
acarician mi temprano espíritu
mujeril y fugaz,
siempre sediento;
y la brisa del genio
enfurece mi alma
abriendo un puente milenario
(o centenario, qué más da)...
debiera no estar en ningún sitio.

Y ahora, desde la distancia de ese mensaje de nubes
me dirijo a la Tierra
transformado en lluvia,
en pan de los labriegos.

El canto lejano de la aurora,
el sosiego moderado de los campos,
y la certera conmiseración de la naturaleza.

Estos campos todos que llueven
con mi alma enamorada de una hoja,
de una nube, de un latir de viento
y de un cometa misterioso
que rasga la noche de los tiempos.

Regreso un poco más todas las noches,

mientras me muero en esta vida
que vivo de prestado
en los intestinos de la Madre Tierra.
Soy una brizna de hoja
muerta sin saberlo
en la abundancia de una extensa pradera.
Camino sobre la noche de mis noches,
aferrado a Sherezade,
convertido en cuento,
en despertar de aconteceres.
Mis manos son todas las manos
y Aymar me acompaña en mis pensamientos.
Y Ander, mi celoso diablillo...
El trueno lejano se refleja en el atardecer
y yo descargo mi curiosidad
en un par de líneas maltratadas.
¡Voces del mundo, alzáos!
Reclamad el lugar que por derecho
un día os dejó una huella de sí mismo
en el recuerdo inédito de una
orquesta sin fin, sin principio,
absoluta eternidad,
de la que tan necesitados
estamos.

Cuánto de error nos amordaza el miedo que
sentimos
al escuchar llegar tantas últimas horas,
tanto crepitar inútil de esperanzas
blasfemas. “Por aquí pasó Tal;

por allí murió Cual”.

Se llamaba y tuvo un nombre.
Pero todo quedaba tan lejos...
Aquellos sentimientos plenos
no eran sino el entierro
de animadas estrellas
que apasionaban el cielo
de mi vida sencilla,
campestre casi...
¡Y que surja tanto desafío
de un devenir tan breve!

Casi podía tocar el pasado con mis manos,
rehacer la vieja habitación, celda de mi
eterna pasión y olvidados ultrajes.
Ahora que muero con tanto silencio,
ahora que los rosas pintan su
extraño destino en las moradas
de nuestros amados muertos.
Ahora que todo pasa tan deprisa
que el ojo no percibe sino la brisa,
ahora, digo, el sentir se ralentiza.
Y esto no es lo que era.
Somos la muerte de improviso,
el tañer desconocido del músico
que todos llevamos dentro.
Somos los traductores
malditos de nuestro universo;
los intérpretes mudos
de nuestros deseos;
el alma cándida,
una vez cristiana,
y fracaso de olvidos

que no olvidaremos jamás.
Y me duele la nuca,
y el cáncer que algún día llamará a mi puerta
preguntando: “¿Aquí vive Velázquez?”
Somos un trocito de cosa
que se va y viene tan rápido
que no acierto a darle un nombre,
un trocito de prosa.
Matemático absurdo,
bacanales de música
acaecida hace ya mucho tiempo...
¡Y cómo encanece en las cumbres
de mi Monte Perdido!
Después, una legión de
músicos burócratas acometió
mi alma y la espera se hizo
más insoportable, si cabe.
Eso les picó, y acuciaron
las artes de las que Dios les dotó
(no todo se arregla con una buena cartera).
¡Sin empujar, oiga!
Y una vez irrumpió en la estancia
en donde yacíamos todos
aguardando algún día.
Y un sonsonete resquebrajó
la pieza,
y todo se demudó
para el día siguiente.
Miro hacia el televisor,
apagado,
y contemplo el Universo,
y mis frustraciones me lanzan

un viejo sentir eterno
de la que pudo haber sido mi vana-glor-í-a.

Amanece despacio,
y me asomo al río
seco de mi conciencia estéril,
que ha visto tanta carne,
tanta mujer maltrecha,
que me alcanza el dicho al hecho,
y soy una cruz arrojada a la sombra,
al delirio de una reunión de compadres,
(borrachos, por supuesto).

Ahora sí, ahora sí que no importa
si me muero.

Un cuclillo suizo
irrumpe en los sueños
y yo arrojo pintura
a su cenizo mensaje
de horas llegadas a su término.

Ser un borracho
es mejor que ser un borracho.
Es lo único que he sacado
en claro de esta noche.

Y mi mano, resuelta.
Y mi codicia, enajenada.

Y mis deseos,
apabullados en un rincón.

La luna descarga
sémenes de hojalata.
Y soldaditos de plomo
disparan, lanzan sus balas
de silbar eterno,
mientras los niños contemplamos,

humildes, tanto advenedizo transcurrir
de años-sombra, de ser y de fui,
de canción-muda-no-me-olvides-cojito.
Sí, cada tiempo tiene lo suyo...

(Bach)

Qué ridículo...

Son las diez de la mañana.

Y siento como un hombre

de otro siglo,

de otra época

acuñada en el portal

de su inexistencia.

Qué ridículo...

Son las diez de la mañana,

y sueño y siento tantas cosas

que ya no entiendo nada.

Una sensación de recuerdos

y de sentimientos

me aprieta en su caja de zapatos

y me transmuta de oleadas gigantes

las zonas rocosas y desérticas

en las que me desnudo

y nado... hacia la nada

de mi facilidad

(facilnet Punto net).

Porque cualquier lugar

es siempre mejor

que cualquier lugar.

Escribo a pluma,

y barro con escoba,
y friego con Lagarto,
y vivo sin razones
y muero sin darme cuenta casi.
¡Y ya sabía yo
que aquí pasaba algo!
Pasolini de mis
incomprensibles fogonazos de luz
que atraviesan el desasosiego
de todas las horas,
tan Pessoa yo
que hasta me acaricio las uñas de los dedos con las
uñas.

Me pareció escuchar un ruido...
Seguro que estaba equivocado.
Mi barriga también.
No debió haber crecido tanto.
Humos del siglo no sé cuántos.
Del siglo en que los músicos aún sabían
cumplir con su trabajo.
Y las letras eran lo que eran:
fluir de tantos
en tan pocos labios.
Una tacita de café...
ahora y en el siglo XVII,
no ha cambiado tanto.
Todo es igual,
incluso el desencanto.
Héroes atravesados en mi garganta,
sin rencor os pido
un poco de vuestra gracia.
Y a mi amado Padre,

mil felicidades
en el día de sus
ochenta y cuatro eternidades.
Qué soledad es ésta
que hace temblar a las montañas,
partir en dos al rayo,
emocionar la quietud de los muros
y amontonar palabras
que la historia devora
en su ansia de inaccesible transcurrir
de naciones, de soles apagados,
de alientos y divinos lugares
apartados, Universo de
nuestra humana melancolía.
Qué destino más triste,
éste, el de la locomotora,
el de la vía ancha
y el de la vía estrecha.
Qué destino más recto,
más parejo, más atolondrado
que éste, el de ser una vía
sola, arremetida contra la llanura
de las soledades campesinas
que aprisionan el alma
trasnochada de un pajar
perdido en la infinita
longitud, adormecida,
bajo un cielo canalla,
que nada perdona,
si no es el devenir
absuelto de compromisos y palabras
acaecidas en el instante mismo

del ser, del devenir de la carne...
Pintores ácratas
de los retratos
de los adolescentes.
Pintores que en una habitación
masticáis un trozo de pan,
filibusteros de vuestra libertad
machacada en un instante rayado,
pero al fin y al cabo
(¡cuánto desperdicio de palabras!),
dada al uso del respetable
suceso que conmociona al lector,
traspasado por un rayo musical.
Si yo pudiera abrir la puerta
de todas las puertas,
sería Borges.
Pero sólo soy
Jesús, que llora
vuestra muerte y vuestra
vanidad humana,
tan carne de Dios.
Yo, que morí tantas veces,
por vosotros.
Yo, que hundí mis dedos
en mis llagas;
que hice milagros
para escapar de tanto aciago día
en el que tuve a bien reconocer...
Yo en mi humildad crucificada,
amparado en ésta mi pasión,
que es la vuestra,
incapaz de comprender mi dolor,

pero siguiendo el mandato de mi Padre,
yo,
que os había amado tanto,
esa noche en que curé al muerto
y regalé la luz al ciego,
y yazgo ahora,
payaso de vuestros sentimientos.
¿Dónde están esas oraciones,
ahora que muerto os pertenezco?
¿Dónde estáis,
ahora que soy yo
quien implora vuestra ayuda...?
Este saberse ser muerto,
ultrajado mortal,
tema de ultratumba...
Soy tan nada
como el número siete.
Nosotros lo inventamos.
Nosotros somos
nuestra propia Nada.
Somos el número siete,
y el dos, y el uno,
y el número infinito del Olvido.
Barrabás... Tú sólo me fuiste fiel...
en tus infidelidades.
Soy Jesús,
que yace patizambo
en la cruz de vuestros sufrimientos,
tan humano,
tan Jesús,
tan nosotros mismos.
¡Dadme un poco de agua!

¡Dadme un poco de vuestra humanidad!

Soy Jesús,
que murió por vosotros,
por vuestra salvación,
soy la tumba que habrá de redimiros,
algún día,
de tanta cobardía,
de tanta soledad,
de tanta cruz,
de tanto morir,
morir todos los días,
siempre.

Soy el tío Jesús,
barrendero,
republicano,
homosexual,
mujer maltratada,
niño explotado, soldado anónimo.

Soy Jesús,
el repudiado.
Os doy mi recuerdo,
mis labios,
mi literatura.

Os doy mi vacío,
mi anorexia,
mi bulimia,
mi estómago.

Devoradme,
los que tenéis de sobra-los que tenéis en falta.
Soy el Pasolini de vuestra eternidad.

Soy Jesús,
y me duelen las vértebras,

y mi divina inteligencia
de mortal.
Y mis encías sangran,
y mis dientes me gritan su dolor,
y mis ojos lloran sin lágrimas
tanta inmortalidad.
¡Y mi heroísmo!
¡Adelante, camaradas!
¡La plaza es nuestra!
¡Luchemos por nuestros hermanos!
Ése es mi mensaje,
un mensaje de lucha.
Un mensaje,
que una vez más,
me sitúa ante el pelotón
de los impávidos soldados
de la honorífica Legión.
¡Matadme!
Porque si no,
no podréis celebrar
vuestras Crucifixiones,
vuestras Semanas Santas
—¡que más quisierais vosotros!—,
vuestras sentencias...
¡Heroínómanos de mi corazón,
ladrones desdichados,
mujeres violadas por la Constitución,
pobres de alcurnia,
pateras naufragadas,
torturados del mundo entero,
todos quienes os suicidasteis,
médicos sin sueldo,

sifilíticos, sidosos,
enfermos de la lepra,
¡compañeros!
Colina de la miseria internacional,
Edurne,
todos y cada uno de vosotros,
que habéis sufrido y llorado,
ricos y pobres,
sabios e ignorantes,
nacionalistas y no-nacionalistas,
un último mensaje,
antes de que me muera:
hoy es mi cumpleaños,
aquí,
en la Cruz,
bajos los cielos negros y eternos,
aquí,
¡aquí abajo!
Mirad mi carne...
¡me abraso!
Soy Jesús,
el poeta, el atormentado,
el licenciado, el fracasado,
el políglota, el odiado,
el vilipendiado.
¡Aquí!
Soy Jesús...

(Vivaldi)
Flores abiertas en la época,

insectos, zumbidos,
el placer de los sentidos.
Flores, amanecer de sensaciones.
El Primer Hombre,
que averigua el Primer Instante
de la Escritura...
Qué inquietud...
El néctar de las flores,
mil-flores,
apicultores de la Llanura Alavesa,
escuchadme,
adelante,
no tengáis miedo,
seguid recolectando la miel de
vuestros bosques...
Sangre de mi sangre,
labios de mi remordimiento,
haced de mí lo que deseéis.
No soy nada,
ni el último hálito del árbol caído.
Soy la tierra que rezuma
de tanta lágrima como la ha regado.
La tierra negra y marrón,
de tanto estiércol, de tanto
humano acaecer... hora tras hora.
Margaritas de plástico
estáticas como huevos fritos
caducados.
Soy, tantas veces,
en tantas ocasiones,
y con tantos recuerdos.
Señores del Olvido,

yo me muero.
Y ni me hace falta París
ni ser sincero.
Una gota de lluvia
que atraviesa el cielo;
soy, el padre traidor
que a todos dejó en la estacada
de sus intenciones.
Tengo cinco dedos.
Y unos pocos recuerdos.
No me compres con tu dinero...
Cómo transcurre el tiempo
dedicado al transcurrir
de las estaciones...
Siempre habrá un yuppie,
un periodista,
dispuesto a cumplir con sus obligaciones.
Funcionarios,
eternos ayudantes
de quien les paga un buen sueldo
—excepto allá donde hay un
estómago vacío—.
Venid, cánticos divinos,
más allá de la vida
hay un lugar
reservado
a quienes supieron
llorar con el alma
de muchos corazones
solidarios: ecologistas,
nacionalistas sin nación,
minorías atascadas,

campesinos sin tierra que regar.
¡Viva Vivaldi!
Tengo la pluma emponzoñada,
Una trágica ilusión me encoña el alma.
Tengo tanto olvido acumulado
que ya me lo he olvidado.
Qué chirigota,
qué noche de despilfarro,
qué acordes malgastados
en una noche cualquiera,
a las dos y media de la madrugada.
Ámame, mátame, búscame,
llórame, átame, maltrátame,
.....
puntos suspensivos de mis equivocaciones.
¡Patxi! ¡Edorta! ¡Manu! ¡Yupi! ¡Xabier!
Respondezme... Allá, en los lejanos
atrios reflejados en el inequívoco olvido.
¡Estoy aquí!
Amadme, un poco todos los días.
Yo nunca os olvidé.
Amigos, asesinos de vuestras propias vidas.
¡Estoy aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!

(Wagner)
¡Tierra!
Allá, en el mar.
¡Tierra!
Y los muertos alzaron su luna vieja.
Cascos de buques marinos

arrojaron al mar una pregunta histórica,
sin retorno.

Ahora, no existe ya esa posibilidad.

El correo se demora

una cuasi-eternidad

y se detiene

en el fatídico

año 1492.

(¿o fue acaso en el 1942...?).

Soy un superviviente.

Alemán.

No sé si alguna vez fui una máquina de matar,

como vosotros,

pero ya no lo soy.

Mi cuenta corriente

es tan ridícula

como mis intereses.

Soy un alemán desterrado

al kafkiano Jerusalén

de nuestros días.

Que Alá (la fuerza) te acompañe.

Soy Wody Allen.

Soy Allyn.

Son un jersey de lana

que una oveja

observa con preclara humanidad.

¡Han pasado tantas décadas!

¡Tantas miradas me amaron,

me ridiculizaron!

El mar es un delfín hambriento

que nunca ha visto la televisión.

La vida es tan sencilla,

que da miedo.
Tanto heroísmo
y para nada.
Escribo con torpeza
mis nombres, mis dientes
y mis apellidos.
Dadme otra vez ese Pabellón
perdido de mis juventudes
nacional-marxistas.
¡Cuánta pintura barroca desperdiciada!
Solidarios, ¿dónde estáis?
No busco la venia del Respetable,
Sólo busco la hogaza de pan
atravesada en el estómago
de mi porvenir tercer mundista,
aquí, en mi pueblo fiel,
atravesado.
Regresa, Nabucodonosor esclarecido,
víctima refrigerada, bien-alimentada
y ya-era-hora;
vuelve,
exige,
amado-extraño repatriarizado,
un beso...
Hijo mío, heroico,
de todos mis días,
que con tus miedos cómicos
me forjas día a día,
por los siglos de los siglos.
He perdido el sentido
de los días,
de las constelaciones,

¿y para qué?
Ahora que tenemos
ya doscientos años
de mortal transcurrir.
Ni me molesto...
Mi palabra es un absurdo
plantado, inmóvil
y re-que-te-regado.
No sé ni lo que me digo...
Soy el aliento inútil
de una batalla
definitivamente perdida.
Me siento, incluso,
un poco europeo,
un poco ONU,
un poco FAO,
un poco UNESCO,
un poco *acanallao*
en mi humilde *individualidá*
sodomasoquista
(fetichista, dicho con eufemismo).
Soy un traficante de poesía
que se aborrece a cada instante
y que se levanta cuando oye
a sus hijos llorar
en medio de la noche.
Yo no soy yo;
no soy nadie;
soy, tal vez,
la Noche Vieja
de un año proverbial.
¡Qué modernidad ésta!

Sin pluma estilográfica,
sin porvenir,
sin temor al futuro...
¡Dadme, un poco de vuestro
eterno devenir!

Escribiré unas letras en vuestro honor...
Vuestro honor... ése miserable zumbido
que atraviesa mis tímpanos. ¡Ah! Alemanes de
tierras
profundas. Prometo estudiar vuestro idioma
y ciento cinco dialectos más (vuestros todos)
en los siglos venideros.
¡Cuánta miseria anda suelta!
Ahora, que venía de solo...
Incorrecciones gramaticales
al servicio de la Humanidad,
esa gran Furcia patética...
Hijo de mi corazón,
tú que duermes en tu cuna
mecido por la Confianza
que en mí depositaste,
juro, prometo,
que Nunca habré de traicionarte,
y que habré de situarte
muy por encima de mi Vanidad,
hijo mío de mi infinita Prepotencia,
de mi patética Bondad.
Hijo de mi máscara antigua...
Yo y mis carreras aún por acabar.
Lo siento. Todo fue un error...
Todo fue una Constelación Perdida

y un apresurado acometer de instrumentos
orquestales.
Ven, carne de mi carne.
Hígado de mis entrañas, aún no es
demasiado tarde.
Luego, los días ya no servirán de nada.
Los romanos, son una ventana olvidada
entre aplausos, entre esclavos, entre infinitos
torturados.
Han pasado dos mil años. Y yo no puedo hacer
nada.
Está en vosotros la palabra. Enhorabuena,
camaradas, hermanos...
Tigres,
tigres exterminados,
rayados, sin número,
desaparecidos anglosajones,
dirigentes
de mis expoliaciones,
energúmenos,
analfabetos,
alcohólicos,
calvos y cobardes.
You all dit it.
Y sobre mi consciencia
inexistente una legión de humanos,
vírgenes,
vírgenes de luna, acraterizada,
abandonada en manos de unos pocos...
depravados...
Confío, sí,
en la legión de anglosajones

distribuidos a través de todas
las estanterías de todas las
bibliotecas del mundo.
¿A quién le importa?
Es fácil, cuando sabes quién es
tu mejor enemigo, cuando sabes quién
el peor de tus amigos.
Pero así,
en este momento de incertidumbre,
cuando uno duda
dónde empieza
y dónde acaba
la irrealidad, la realidad
del transcurrir de las ideas...
No juzgo a nadie.
Me limito a tomar partido,
aprovechando ahora
que ya no está de moda,
y sólo pido al cielo de los griegos
me acompañen los dioses
en mi inútil destierro
y en este sufrir a destiempo
este dolor que me aflige
desde que tomé conciencia
de tanto desafuero.
El Gran Duque
me ha dejado reseco.
Y para eso tanta alcurnia...
Yo, que sólo quería
pasar desapercibido.
Y heme aquí,
convertido en Chapa de Zinzano,

en juguete, en hombre-anuncio.
Quienes preguntan por mi pasado
topan un falso muro levantado por las Super
Potencias,
y otros tantos Premios Nobel
ya desaparecidos, sin voz,
aniquilados por un buen sueldo.
¡Felicidades!

LLENADME EL VASO DE LA VIDA OTRA VEZ

(Bach)

Llenadme el vaso de la vida otra vez;
llenádmelo hasta el borde
y no permitáis nunca que lo apure.

Acompañad estas palabras
con delicias y amados recuerdos;
en el vino amargo de la vida
quiero dejar mis sensaciones
y cerrar los ojos al trágico destino
que guía nuestros pasos.

Llenadme el vaso una y otra vez
y no permitáis nunca
que la nada voraz
consiga su victoria.

Señorías que habéis dejado huella
en el sentir implacable de la historia;
gritos del pueblo justamente enfurecido
que no se apagaron nunca.

Así eternamente mi voz
resuena en la antigua melodía
y un sentir de sueños no ocurridos
me atenaza

y un pájaro maldito
lanza su primer y último canto
(último porque muero y primero porque un nuevo
sol despunta el horizonte).

.....
Ahorita que nada me queda en la garganta
me apresuro y corro hacia la nada
de mis palabras muertas
que caprichosas flotan

en el ángelus de un pueblo fantasma.
Me deslizo hacia el ancho confín
de las palabras muertas.

.....

Aquí, en la hondonada
recién amanecida,
donde el sentir humano
se desvanece soñando
con la nada y con la muerte.

Aquí, soñadores de sangre real,
país que habéis levantado
un no sé qué importante.
Pobre materia patizamba,
que escucha su quimera
abrasada en la primera distancia.

Si supieras...

Cuántas palabras me quedan aún
colgando «el entrelabio»,
cuántas soledades aún
por desnudar,
esquilmada alma mía que

casi a buen seguro habré perdido para siempre.

Yo, que nunca creí porque me faltó voluntad para
ello...

Yo, tan culpable como el mayor de los inocentes.

Yo que nunca supe contarme con los dedos,
y que averié mi vida para total volver
a no volver ya nunca.

¡Atención, esperanza!

No te me amilanes ahora,
resiste.

La pared de silencios

no durará siempre.
Y mis ojos te ven,
y mis manos te tocan,
y mis labios te besan,
mujer que no poseí nunca,
amor que siempre se me pasó de largo.
¡Nada de milongas, compañeros!
Que el tiempo teja su endiablado
alejamiento
y nosotros podamos siempre
agarrarnos a un clavo ardiendo.

.....

El viento que suave mece la una de la mañana
rompe el vidrio de mis ojos
y atenaza este instante.
No encuentro mi lugar.

Y me da miedo de morirme a cada instante.
Cuando buceo, entre las algas de mis pensamientos,
recuerdos, pasiones escondidas
y vergüenza que no me atrevo a confesar,
cuando buceo, digo,
dentro de mis pensamientos,
me falta CO2 y un poco de pegamento.
Cuánta perfidia se dibuja en la historia
que todos tratan de omitir y acallar.

.....

Y cuando llega la hora de llorar la muerte
de los seres queridos,
y deseamos que el tiempo pase rápido,
¡qué error mayúsculo!
Poder sentir todo el amor acumulado,
y las lágrimas quemarnos las mejillas...

Luego, sólo queda el olvido.
Y no sabemos siquiera por qué una vez lloramos.
¡Atrás tiempo inaudito!
¡Atrás te digo!

No me arrebates los recuerdos,
las sensaciones y últimos sentimientos.
Traspásame si quieres con la espada,
pero déjame sentir mis muertos
como si no lo fueran.

Tiempo que todo lo arrebatas,
que a fuerza de cruel
has abstraído el concepto mismo
del divino momento en que fuiste arrojado
al torbellino implacable de estar vivo;
traspásame si quieres
con tus llagas
y lánzame al olvido de mí mismo,
pero no me robes la memoria de mis seres queridos.

Tiempo que todo lo arrebatas...
Cuánto cansancio acumulado
rueda por la cuesta abajo de
tu eterno, imperecedero destino.

Eres lo único que al final sobrevive a la nada,
tal vez, al mismo dios de los abismos.

.....

Tengo cinco dedos,
tantos, que una y otra vez debo contarlos,
por si, despavorido,
alguno decidiera ser él mismo.

Tengo cinco dedos, cinco,
en una mano primero,
y otros cinco, creo,

en la del otro lado.
Qué risa,
qué de dedos tengo.

.....
Pocas veces ocurre
lo que de veras deseamos
que suceda.

Y en cualquier caso
yo no quiero esta cadencia
que arrastra el porvenir
sin demasiada pena-sin demasiada gloria.
No hay nada más patético
que un músico que interpretando a Bach
bosteza.

Acaba uno cansado
de tanto titulado.

Pronto, a los cojos y tullidos,
les darán un “titulillo atlético”,
con su certificado y su master
bien endolarizado.

¡Ah, cuanta nata y crema y figurín!

¡A la hoguera con ellos,
titulados, académicos,

plastas del arte, artistas-funcionarios enchapados,
todos ellos con su AENOR a cuestras,
y la cartera bien repleta!

Mira, ese fauno vende cigarrillos.

Y esa musa ofrece sus encantos en la esquina.

Y esa arpa toca sola.

Y esa escultura se rompe si se la mira a deshoras.

Qué absurdo de situaciones.

Un lugar en el mundo,

para aquellos que no supieron nunca
que existía un lugar en el mundo,
 porque se despistaron
 y acabaron un buen día
 estrangulados por sus manos.
Hay demasiadas casualidades.
Y si mi oído, no me engaña,
 estos músicos atufan.
 Les falta gracia
 y roncan demasiado.
Y en vez de un violín
parece que se tocan las narices.
No seamos injustos...
 Venga, muchacho:
 Dios te dio un don,
 hazle aprecio.
Toca con el sentimiento,
y piensa que ese instante
en que las cuerdas tañes
es el más grande y eterno
de tus eternidades.
 ¡Eso es,
 muy bien!
 Cierra los ojos.
¡Cuidado! ¡Ese monte se mueve!
Y mis ojos escupen fuego y ceniza.
.....
Hice una promesa con la espada
y no la cumplí nunca.
Llevo en mis ojos el temor de Judas,
 y aún peor,
 llevo en mi recuerdo

la vergüenza de una traición.
Fue cuando un ser querido agonizaba,
y yo no fui capaz de renunciar a una baja pasión.
Sabía, que si lo hacía,
se cumpliría el milagro,
y mi ser querido recobraría la salud,
ya que en ello le iba la vida.
Pero no lo pude hacer.
Me escaseó la voluntad.
Y ahora, la vergüenza y el remordimiento
son mis compañeros de viaje inseparables
a través del tiempo.
¡O sentir de sensaciones,
que flojo es el hombre
y que ciego en sus ambiciones!
Si pudiera hacer retroceder el tiempo,
volvería de nuevo a ponerme en entredicho,
como ya lo hice antes.
No fui capaz de obrar el milagro.
Por eso Dios hace tan pocos milagros hoy en día:
se aburre de nosotros.
Yo, que siempre anduve por mi lado,
y ahora me acristiano
sólo por andar no tan atormentado.
Un labio escupe rosas rosas y rojas
y en el final del transcurrir
habrá un último instante
para el recuerdo, para el perdón,
para agarrarnos la vida con las manos,
con los dientes.
Y la añoranza, dulce como la voz del ser querido
desaparecido y recobrado,

volverá a nosotros,
volverá a deleitarnos.
No lo olvides... No olvides nunca quién eres y por
qué...
Y los tuyos... Y las calles desiertas, formidables,
cuando un día nos pertenecemos, al menos de otra
manera,
en el tiempo, en la baranda de un barco que nos
atravesaba,
de un mar a otro de nuestros desencantos,
de nuestras ilusiones.
Tan despacio transcurre cuanto de importancia
tiene de
nosotros...
y de unos pocos más...
Y este misterioso amanecer
en el que yace muerto el sol,
la luna y las estrellas blancas del incorrupto
firmamento.
Hace sólo un instante yo era otro;
y ahora tiemblo extraño en este cuerpo
que no sé si lo adeudo.
Humanidades que tantas veces habéis sentido
en el silencio de los tiempos,
que arrastrasteis vuestro destino humano
por caminos colmados de barro y de miseria,
no bajéis tanto la cabeza,
ni arrojéis la bandera a la desdicha.
Yo os doy mi palabra,
mi instante,
y os auguro un lugar
en donde al fin podréis reuniros

para siempre...
Mis palabras no tienen
el sentir hondo de un día ya pasado
de la historia de nuestros devenires.
No me sirve...
Ese canto carece de sentido.
Todo está trastocado:
el camino, la vereda, el lugar...
Tengo un no sé qué físico hacia las cosas.
Y no me encuentro bien.
La indiferencia de la nada
me posee.
.....
¡Centinelas!
Desde las ranuras de vuestros ojos muertos,
debéis divisar al enemigo
que algún día habrá de llegar
en tropa
desde el confín de la llanura.
¡Centinelas!
Preparad el cañón de vuestros fusiles,
y afilad los cuchillos,
y las botas dos veces al día abetunad
y no dejéis nunca de escudriñar el horizonte,
la llanura eterna, interminable, física,
que se extiende ante vuestros ojos muertos.
¡Centinelas!
Respirad hondo...
Y cuando tengáis que morir,
sabad hacerlo.
Centinelas...
Pobres centinelas...

Vigilad el día
y pensad que tal vez sea el último.
Ridículos centinelas...
Nubes de polvo se alzan
y raudas se allegan a la torre-castillo
donde mis centinelas duermen
y sueñan con su muerte
y con su lejanía
y con su batalla perdida
y con sus uniformes.
Qué destino absurdo...
Qué batalla ridícula, condenada siempre a ser
perdida.
Y pensar que estoy vivo
cada día.
Y pensar que en mis dedos
tengo cinco días y cinco sueños.
Venid todos los días,
sueños míos.
Venid despacio,
y a cada acometida,
recordad el número finito
de nuestros días
(qué más a-eternidad que ésta...).
Y ahora quiero ser todos los días.
Quiero ser un columpio
abandonado hace siglos.
O un cuadro,
que dos pintores
en dos épocas distintas
comenzaron.
Quiero derrochar

lo poco que tengo,
y regalarlo al olvido
de los siglos venideros.
Me duele en los zapatos.
Y mi corazón sangra.
Y mis venas ríen.
Y mis cenizas se esparcen
con el viento.
Y ahora crezco, y luego me demoro.
Y mi pecho rebosa,
tanta rosa.
Y tengo un grito crucificado en las entrañas.
¡Noche: que amanezcas te digo!
Sube, sube...
Una lluvia de soles con rostro
ilumina el espacio
que vio nacer al primer ser humano
y a su espanto
de tanto vivir, morir tanto.
Y el cielo cruje;
y yo no sé adónde va este viaje.
Qué infierno iluminado...
Contemplo la tormenta
con los ojos cerrados
y auguro el advenimiento
de un gran genio
musical
que asumirá todo el devenir
de los astros, de las notas musicales
ancladas en la vasta bahía del universo.
Mi cuerpo sueña.
Partir hacia la estrella condenada

a su desaparición
es partir hacia la nada,
y a pesar de todo,
llegar antes de los nefastos acontecimientos.
¿Pero por qué nefastos?
Somos mientras dejamos de serlo.
Y la existencia huele a humo.
Y las fotos de los desaparecidos
pueblan las páginas de los periódicos.
O, mundo que me has pertenecido...
Si pudiera estrangularte con mis manos...
con mis dedos triangulares, romos y alargados
y tan llenos de uñas y de carne.
Si pudiera desgajarme...
¡O sueños del universo!

.....
Sufrir es chupar chocolate hasta el delirio.
Ser un niño que sólo piensa y sufre y vive
en chocolate.

Un niño cuya voz se aventura
hacia lo desconocido.
Soy. Siempre fui.
Y me niego a.
Todo lo demás,
sobra.
Maldita vanidad...
Soy una voz que cruza la llanura.
Y allá, en lo oscuro,
yace mi historia patizamba.
Soy la voz que cruza el Gólgota
y que subyace en el eterno devenir.
Soy esa voz que un día arrancó de cuajo.

Y si miro hacia atrás,
es por no mirar hacia adelante.
Y si no me levanto,
es para no tener que volver a caer.
Soy esa voz
que un día
arrancó de cuajo el universo,
y se desparramó
más allá de la misma voluntad
del Creador.
Dios... Cómo has podido hacerme esto...
Tengo desgarrada hasta mi sombra.
Y soy, justo y a duras penas
lo que de pronunciar capaz soy.
Me aclaro la garganta.
Y eso también hay que apuntarlo.
Es importante. Trascendente.
Algún día sabrán que me aclaré la garganta.
Señor que te ocupas de mis días,
dime a dónde te has llevado
mis recuerdos físicos queridos.
Señor que das fuego a la selva,
dime qué debo hacer
con tus preferidos.
Háblame, envíame tu voz
en el entredicho de una fórmula matemática.
Yo, que apenas soy capaz de contarme con los
dedos.
Tengo tantos...
.....
Señor,
dame tu voz,

dame tu carne,
dame tu verbo.
No me asustes con tu silencio
y con tu indiferencia.
Venecia...
Has perdido tus góndolas.
Ya no las necesitas.
Eres un desierto.
Señor,
un viaje por Venecia,
te vendría bien.
Hay buena carne,
hay buen ganado.
Señor,
Venecia es un chollo.
Mis lágrimas
saben a chocolate.
Y yo, soy tan poco,
que no sé ni por dónde empezar a buscarme.
Venid, los que nunca tuvisteis necesidad.
Venid, los que nunca os sentisteis llamados.
Yo también, al igual que un tal Aresti,
he sentido la llamada divina.
Y casualidad maldita,
en ese momento
no estaba.
Sordos... Todo está en vosotros.
El silencio fue el principio
y el final.
Ya sabéis, en cualquier caso,
que tengo cinco dedos.
No puedo hacer más.

Si pudiera tener más dedos,
los tendría.
Pero el buen Dios
sólo me dio
los que me dio.
Cabezuela, Eva...
Y mis cinco dedos.
Ahí se acaba la cuenta.
Luego, todo fue un dejarse arrastrar.
Y la nieve,
que un día fundió nuestros pensamientos.
Llego tarde.
Y el tren también, llega tarde.
Y la sangre de mis venas,
llega tarde.
Me muero.
Otra vez.
Ya no sé cuántas veces me he muerto.
Estoy cansado de ser Jesús,
y de morir, resucitar,
tantas veces.
Pero mi Padre me ha dicho que lo haga.
Que os gusta mucho.
Y yo, no quiero enemistarme.
Así que, me muero.
Otra vez.
En la cruz.
.....
Y ahora,
quiero agradecer al público
tanta bondad:
¡qué os den místicamente por el c...!

Y si no congenio con tanto respetable
como anda suelto,
es porque todavía me queda
una poca de orgullo.
Yo no te he llamado.
No te necesito.
Eres como el viento que castiga la veleta:
un mero intermediario,
un accidente de mis días.
Soy la punta que siempre añoró
el abajo.
Soy el siglo no sé cuántos.
Y rezo, porque no rezo.
Y muero, porque...
Abrázame, madre.
Sé que no estás muerta.
Es una mentira... de los tiempos.
Madre, abrázame
y haz uno de tus deliciosos guisos...
El tiempo, fue una mentira.
Lo siento.
No quería volver a mencionarla.
Pero no puedo evitar
mencionar
lo que más quiero.
Tengo tanto polvo en los zapatos
que hasta el corazón me anda
con un ceniciento desconsuelo.
El mar, y la escalera en donde tantos años,
tan pocos,
nos pasaron volando.
Soy la “h”.

Señoras y señores:
no estoy muerto,
todavía.
Pero,
no desesperen.
Que todo llega.
Me ha faltado valor;
lo digo, al menos.
Y vuestras dudas,
me hacen daño.
Soy un puente nuevo
hecho añicos.
Celebradme.
Cenicientos días.
Órganos desacelerados.
Motores inorgánicos.
Sensaciones.
Traidores traicionados.
Máquinas humanizadas,
humanos maquinizados.
Señoritas, capullazos.
El heterogéneo singular
que masculla un tebeo abarrotado.
Grandes ciudades,
extraordinarios destinos.
Estamos en el año no sé cuántos.
Y no me importa;
y no me duele.
El transcurrir es tan distante.
No puedo desdoblarme tantas veces.
Señores del presente,
sombras del futuro,

nada del pasado.
Tengo cin-co-de-dos.
Uno por cada lado.
Y me gusta el whisky.
Y los helados
(de chocolate).
Sombras
que alzáis el velo
que ocultaba vuestros rostros.
Sombras,
del mundo entero,
desconocidas.
Arrojad vuestra carga,
vuestro gravamen,
y recordad
que nunca somos para siempre
y que nuestra eternidad
es una nota musical
suspendida
en nuestra fatal incomprensión eterna.
Pueblo,
de Euskal Herria,
sentid el orgullo
de ser aún.
Y no tengáis miedo del futuro.
Seremos lo que tengamos que ser.
Y la última decisión,
siempre penderá de un hilo.
De un hilo que nosotros
habremos tejido.
No soy político.
Nada prometo.

No tengo porqué prometer nada.

Ni una victoria ni una derrota.

Soy la nada,

hecha carne,

hecha verbo.

Soy vuestro hijo.

Soy 1.750,-Pta. el folio.

Ése es mi precio.

Si, mi gran secreto:

pertenecer al club nocturno

de las perdidas.

Lloradme,

mi destino.

Lloradme,

mi gloria.

Alimento a un pequeño,

que para mí lo es todo.

Soy la despreciada.

Que alimenta a un pequeño,

inválido,

de unos pocos meses,

que para mí lo es todo.

¿Que pensabais...?

Que lo hacía por sexo?

Eso es televisión.

Amigos, compañeros...

Mi voz es una milonga,

una mazurca,

un vals,

un pop,

un tango,

un rock&roll.

Aleluya!
Aleluya!
Madre,
dime que has perdonado,
mi desidia.
Dime,
que eres Dios,
que ha perdonado,
mi desidia.
Madre,
dime que estás ahí.
Yo creo en ti,
creo en Dios,
más que en la homosexualidad.
Me duele la Cruz.
Tanto hombre, ser humano...
Aquí... En la sombra...
Soy un deseo arrojado al olvido.
Reconocedme...
Y ahora,
convertido en carne,
en música,
¿qué soy?
¿cuál es mi sentido? ¿mi destino?
Lloro con las manos;
Pero... ¡yo conozco esa aria!
No es la misma.
Dame un poco de tu desesperación.
Rómpeme, rompeolas de mis horrores humanos.
Señor,
tú que hablas en boca de tantos
escúpeme,

rómpeme
con tu latir de tantos,
¡Soy!
¿Es que no me ves?
Rómpeme,
rézame,
recompóneme.
Soy tu hijo,
el de tantas veces.
¡Dame la paga, maldito!
¿No me reconoces...?
He muerto por ti,
por mí,
tantas veces...
Ya no sé quién soy...
He sido tantas pocas veces...
He muerto tantas innumerables,
descontadas veces...
Yo soy tu canto,
soy tu vergüenza.
Soy una nube
de eternidad
que sabía
nunca habría de durar
eternamente.
¡Oh, voz!
Ayúdame,
ahora.
¡No sé quién soy!
¡Ayúdame!
¡Ayúdame!
¡Ayúdame!

Esa fue la última súplica de mi madre:
¡ayúdame!
Y no pude ayudarla.
Me quedé dormido.
Pensando,
que aún había para tres o cuatro meses...
¡Y no pude ayudarla!

.....
Ahora,
estoy en Londres,
una concavidad humana.
Y todo me parece bien.
Hasta los torturadores...
Fastidiosa justicia...
Nunca se puede reclamar a nadie.
No, no hay que politizar la vida...
Euskaldunes...
Yo soy vosotros,
por un instante.
No quiero ser más,
no lo merezco.
Me conformo.
Soy
y soy quien somos todos,
nada
y nadie y todos.
Pero, ¡atención!
pueblos de la tierra:
¡aquí hay un algo que sufre!
¡aquí hay un no se qué que merece la pena!
Si aspiras al futuro,
si eres estadista y funcionario de tus sueños,

pasa de largo,
y anuncia el próximo producto.
Cada uno en su lugar.
Y si la historia te pillas de costado
a fastidiarse tocan.
La voluntad
siempre estuvo
por encima
del voluntarismo a ultranza.
Y si no me entiendes,
te fastidias de nuevo,
por favor.
Gracias.
Un hombre
es todos los hombres
y todas las mujeres
a la vez.
Cántame,
micrófono asilvestrado.
Soy,
la música
que atraviesa el tiempo todo.
¡Vuelve!
¡Atraviésame!
¡Rómpeme!
Desconocido, respóndeme.
Eres parte de mi vida entera.
Sociedad que partes y regresas tantas veces...
con las manos sucias, ensangrentadas...
Sociedad, que crees saber quién eres...
Mi mano rompe tu diario quehacer
y no sabe la primera y la última razón

donde comienzan...

Soy, la nada
que habita
el primer lugar y canto
en las estrellas acantonado;
venid hermanos
nunca olvidéis mi porvenir
en vosotros
nunca
jamás digáis “no lo volveré hacer”;
por favor
soy el primer lamento
el primer canto místico del universo solidario;
qué queréis,
venid,
venid y romped mi diario transcurrir.
La cruz está rota en mil pedazos:
muertos del mundo entero: uníos.
Tanta canallada,
soy mi inmortalidad hecha vuestra.

(ORFF)

Traición.
Amor y traición.
Ahora no sirve de nada
decir: lo siento.
La traición
es un lugar
en el que todos soñamos.
Tú...
Hace 20 años...
Tu juventud...
Traicióname...
Soy Granada...
Soy un hombre, una mujer...
Orain dela denbora asko...
Nire ahotsa...
¿nor da?
Sugea, zigi-zaga dabilen sugea...
Hondarribia...
El rompeolas de las frustraciones...
Bi, hiru herri gara...
Somos tantas voces...
Somos tantas veces...
Saludos. Bai, agur...
Sangro de tantas veces que fui en Logroño...
Llanura que de tanto ser llana se ha olvidado de
llorar...
Mi corazón es un guerrero sin sueldo.
Y en Nafarroa...
Yo soy el Sr. Presidente.
Yo soy la Palabra.

Y ya me muero.
Como hace 600 mende hil nintzen.
Yo soy la ceniza.
Nadie puede advocarla.
Yo soy siempre; soy el suspiro armónico.
No entiendo nada.
Me muero.
Me entiendo.
Voy a presentar un nuevo libro.
Si no lo presentara,
no pasaría nada.
No soy quien soy.
Soy una piedra,
demasiado ligera
para enmarcar su próximo epitafio.
Tú sí que sabías.
¡Dime!
Sílabas,
sílabas mías...

INDICE

Siento las palabras	2
Los romeros apaleaban	22
La ciudad guardaba un espanto de carne	41
Un auspicio de alas revoloteo de silencio extremo	67
Llenadme el vaso de la vida otra vez	91